

233
9
08
CIÓN

883

F1233

F39

1898

1053



1020002863



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



105883

MÉXICO Y BARCELONA.

RESEÑA HISTÓRICA ✓

DE LA

INVASION EN MÉXICO

Por las potencias aliadas Inglaterra, España y Francia,
y los motivos que la causaron
desde los bonos de Jecker, hasta el fusilamiento de éste en París.

ESCRITA POR

Manuel Payno. ✓

SEGUNDA EDICION.

MÉXICO ✓

IMPRESA DEL GOBIERNO, EN EL EX-ARZOBISPADO ✓

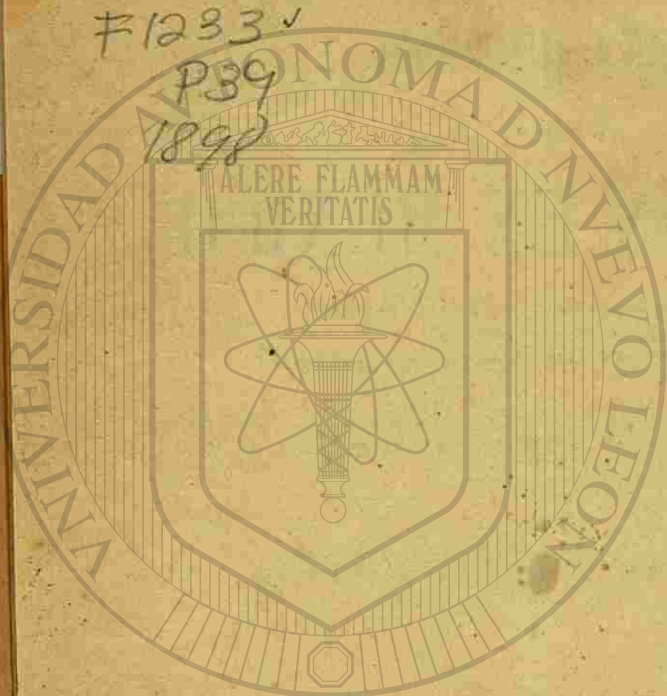
(Avenida Oriente 2, número 726.)

1898 ✓



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

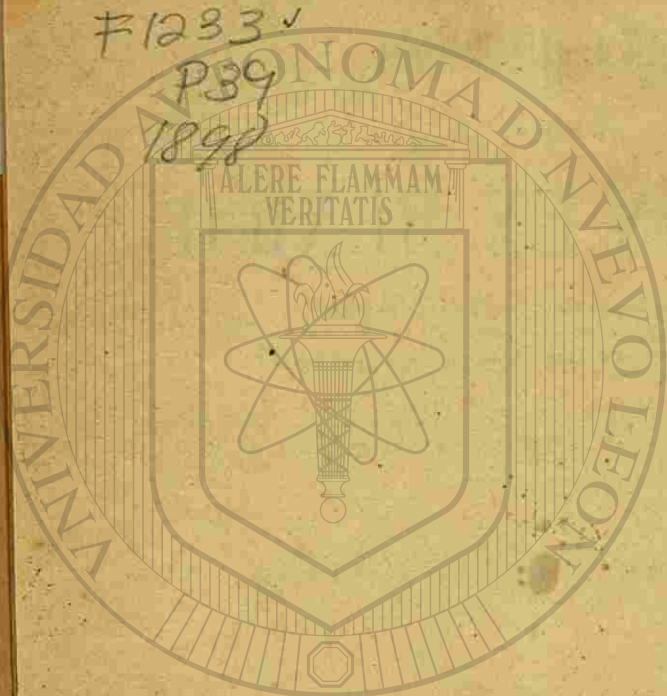
LA ESTATUA DEL GENERAL PRIM.

COSAS DE OTRO TIEMPO.— RECUERDOS PERSONALES.

I

A LA hora del crepúsculo una niebla ligera y vaporosa que venía de la mar, descendía sobre los árboles del Parque, como si fuese un inmenso velo de gasa con que guardianes invisibles quisiesen cubrir todas las noches los jardines de la Exposición Universal, para que en la mañana siguiente amaneciesen las flores bellas, intactas y dispuestas á recibir los besos del rocío y las amorosas caricias del sol.

Los globos eléctricos, como pedazos desprendidos de una luna llena, comenzaban temblorosos é indecisos á arrojar aquí y allá deslumbrantes claridades que hacían más completa la obscuridad de los bosquecillos y calzadas que abandonaban los últimos rayos de la moribunda tarde. La indecisa luz, había dado á esas horas á la numerosa y lucida concurrencia el aspecto de sombras errantes que se agitaban y movían en todas direcciones buscando una salida, como si alguien las quisiese arrojar de aquel improvisado Edén.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LA ESTATUA DEL GENERAL PRIM.

COSAS DE OTRO TIEMPO.— RECUERDOS PERSONALES.

I

A LA hora del crepúsculo una niebla ligera y vaporosa que venía de la mar, descendía sobre los árboles del Parque, como si fuese un inmenso velo de gasa con que guardianes invisibles quisiesen cubrir todas las noches los jardines de la Exposición Universal, para que en la mañana siguiente amaneciesen las flores bellas, intactas y dispuestas á recibir los besos del rocío y las amorosas caricias del sol.

Los globos eléctricos, como pedazos desprendidos de una luna llena, comenzaban temblorosos é indecisos á arrojar aquí y allá deslumbrantes claridades que hacían más completa la obscuridad de los bosquecillos y calzadas que abandonaban los últimos rayos de la moribunda tarde. La indecisa luz, había dado á esas horas á la numerosa y lucida concurrencia el aspecto de sombras errantes que se agitaban y movían en todas direcciones buscando una salida, como si alguien las quisiese arrojar de aquel improvisado Edén.

Allá á lo lejos se divisaba una masa colosal, sombría, que tan pronto parecía perderse en las tinieblas como levantarse iluminada por un rayo de luz eléctrica, que instantáneamente dirigida á otro punto la dejaba en la más negra obscuridad.

Era la estatua ecuestre del general Prim. Pocos minutos después estaba yo junto al pedestal. ¿Qué artista la modeló? ¿Qué ingeniero la fundió? ¿Cuánto había costado? ¿Qué juicio formará la historia del hombre pequeño en su forma material y gigante en sus hazañas? De pronto todo esto me era indiferente y en ese momento no pensaba más que en el primer soldado de Cataluña y en el amigo de México.

Un mundo de recuerdos vino en tropel á mi mente. Pequeñas historias que después tuvieron importancia, fisonomías amables que pasaron como sombras y que no volví á ver, amigos y personajes que hicieron, como el general Prim, el viaje de donde no se vuelve jamás, hilos perdidos y olvidados aquí y acullá que, por una extraña coincidencia, vienen hoy á juntarse y á ligarse en Barcelona.

II

Las aventuras y el deseo de recoger el oro que se decía que estaba regado en los caminos y tirado en las ciudades de América, no tentaron á los catalanes en los años que siguieron á la conquista de México y del Perú. Ocupados solos, ó con los aragoneses, en conquistas y en la lucha antigua con los árabes, sus expediciones tomaron el rumbo del Levante y las Repúblicas italianas, las costas de Africa, y el poderoso imperio de Constantinopla los vieron muy de cerca disputando la victoria.

En el curso del tiempo, los andaluces, los asturianos, los montañeses y los vizcaínos emigraron en bandadas para las Américas, y antes de un siglo habían ya formado el núcleo predominante de la población española de los virreinos y fundado ciudades y villas, á las que bautizaron con el mismo nombre de las

de su patria. Los catalanes figuran en número escasísimo en los registros de la emigración; mas por una extraña casualidad, los muy pocos que han pisado las tierras de México, han tenido participio y determinado ciertos acontecimientos cuya importancia reconocerá el mismo lector cuando acabe de recorrer, si tiene paciencia, estos párrafos que parece no tienen conexión los unos con los otros. Diremos algo de un puerto mexicano que por fortuna de México visitó años después un ilustre catalán.

III

Si vais á Veracruz en la estación de invierno, y, cuando lleguéis al Golfo, sopla uno de esos vientos impetuosos que originan las corrientes del *Gulf-Stream*, encontraréis una mar dura y encrespada, un cielo donde con violencia corren unas tras otras las nubes pardas y espesas que van á estrellarse y deshacerse en las altas montañas de la costa. La ciudad desierta como si nadie la habitase, las puertas y ventanas cerradas, la marea rompiendo contra el muelle é inundando la pequeña plaza que le sigue y toda la población con sus cúpulas, casas, campanarios y torres cerniéndose entre las olas irritadas, y como naufragando y queriéndose estrellar contra el *Alfonso XII* ó el *Lafayette*; pero si estáis á bordo de esos, ó de cualquiera otro de los trasatlánticos de las líneas francesa, española ó inglesa, no haya cuidado, sus capitanes conocen esos mares y más de una vez los han atravesado en medio de los ciclones que son más temibles que los vientos del Norte; ellos ó llevan su práctico á bordo ó son recibidos por los valientes pilotos del puerto, y pronto os hallaréis fondeados junto á las murallas del viejo castillo de San Juan de Ulúa.

Pero si llegáis á esas regiones en los meses de Abril ó Mayo, atravesaréis por en medio de las Antillas y desde la popa del barco podréis admirar no sólo las altas montañas cubiertas de

cedros y de caobas, sino los cocoteros y los naranjos, y antes que diviséis á Veracruz, como brotando de entre las olas de esmeralda y plata, deslumbrará vuestra vista la blanca cumbre del volcán de Orizaba y la áspera y elevada sierra de San Martín.

Veracruz no tiene campiña, está fundado en la orilla de la mar y rodeado de médanos ó montecillos de arena que los vientos mudan y precipitan á otros lugares. El país es triste y desolado y se necesita ir á Alvarado, á Tlacotalpam, á los Tuxtlas para encontrar la belleza y la exuberancia de la vegetación tropical. Fué Hernán Cortés el culpable; allí desembarcó un Viernes Santo, allí fundó la ciudad, allí instaló el primer ayuntamiento, y en vano quiso después mudarla á otro lugar; pero desembarcad en la ciudad moderna y encontraréis un bellissimo jardín en la plaza, calles rectas, portalerías, edificios magníficos con grandes patios con pavimento de mármol, corredores y arquerías como en Sevilla; en fin, una ciudad pequeña pero aristocrática, con sus muelles atestados de mercancías, regulares fondas y cafés, una bahía peligrosa, en verdad, pero á la que concurren cada mes los grandes navíos trasatlánticos de las líneas francesa, hamburguesa, española, inglesa y norteamericana. Vapores más pequeños de la marina mexicana os llevarán á cualquier otro puerto de la costa. Si queréis permanecer en Veracruz, con tal que tengáis un amigo ó una buena carta de recomendación, á las pocas semanas habréis ya conocido y tratado una sociedad escogida é inteligente de hombres que, no obstante su exclusiva dedicación al comercio y á los negocios, os hablarán de literatura, de política, de ciencias prácticas, porque ó han viajado ó su educación les ha proporcionado la instrucción enciclopédica de los hombres de mundo. Trato franco, fácil, afable, lo mismo el bello sexo que tiene un poco del acento y mucho de las gracias y del garbo de las sevillanas. Veracruz fué poblado por andaluces, y la gente del pueblo y de los campos tiene los refranes, el modo, la sal de los hijos de Triana. Veracruz, con todo y el calor y la mala estación del verano, como en

todas las Antillas, es lo que podría decirse un país *pegadizo*. Los extranjeros, pero especialmente los alemanes y los españoles, que van por negocios de comercio y con las peores prevenciones contra el país, concluyen por quedarse en él, por casarse con veracruzanas ó jalapeñas, y por ser más veracruzanos que los mismos hijos de Veracruz. Podría citar muchos nombres.

Si os da la gana de conocer algo del interior del país, no tenéis más que tomar, pocas horas después de haber desembarcado del paquete español, el ferrocarril mexicano. A las cuatro ó cinco horas habréis ya encumbrado la cordillera, respiraréis un aire fresco impregnado del olor de los árboles, se desarrollará ante vuestra vista un panorama infinito de montañas azules unas, cubiertas otras de enmarañados bosques é interminables serranías, revueltas, colocadas unas sobre otras, como si la mano poderosa de extraordinarios gigantes las hubiese dejado caer desde los cielos. El vómito y la malaria, rechazadas por los vientos cargados de oxígeno y de aromas, no han podido penetrar en las regiones salubres donde casi todo el año brilla en medio de los cielos azules un sol espléndido y radiante. Por ese camino, trazado por donde sólo los pájaros pasaban antes y que no tiene igual en atrevimiento á ninguno de Europa, daís en pocas horas en Orizaba, ciudad que conserva el aire campestre y la sencillez antigua, industriosa, cultivando su buen tabaco y su mejor café; quieta, tranquila y contenta con su situación política y financiera. Por el otro camino de hierro en ocho ó diez horas llegáis á Jalapa, el semillero de las excelentes muchachas de la raza andaluza y cuya fama, por lo bellas y graciosas, ha volado, como se dice, por el orbe entero.

Edificada la ciudad entre las montañas y en el declive de un alto cerro, tiene un aspecto de lo más pintoresco. Se sube á una calle, se baja á otra, se vuelve á subir y á bajar, y aunque el paseo sea fatigoso, cada momento el telón de ese escenario natural cambia y encanta la vista, y así andando y echando miradas curiosas á las rejjas de las ventanas, cuando no se ve una

fresca muchacha con ligero vestido de muselina y la cabeza adornada con olorosas flores naturales, cosiendo ó tocando el arpa, se observa el salón con sus muebles y adornos adecuados para el campo, pero todo extremadamente limpio y propio y en su lugar, y en el fondo el patio morisco con sus redondos naranjos cubiertos de frufos de oro, el café con sus botones de nácar y los altos plátanos meciendo sus verdes y anchas hojas á impulso de un viento tibio que trae el perfume resinoso de los bosques de liquidámbar, y los ecos del canto de las calandrias y del clarín de las selvas.

En Orizaba todo es paz, quietud, orden, silencio y trabajo; se diría un gran convento donde viven en una completa beatitud los habitantes, esperando el momento de montar en un carruaje místico para tomar el camino del cielo.

En Veracruz y Jalapa, por el contrario, todo es vida y movimiento. Bibliotecas, casinos, paseos aquí y allá. Bastan dos familias y media docena de jóvenes para improvisar una tertulia, pero de esas tertulias de confianza á la española, donde se baila, se toca el piano ó el arpa, se platica, se juega tresillo, y en final resultado se retira uno contento de la amabilidad de las gentes, satisfecho de haber pasado algunas horas sin sentir el peso de la vida, reconciliado con la humanidad.

De estos países era la familia mexicana del general Prim, y á ellos hacía yo en otros tiempos una peregrinación anual, no obstante las molestias y dificultades del camino, que han desaparecido hoy con la construcción del ferrocarril. A las siete de la mañana se dirige uno á la magnífica estación de San Cosme y deja todavía despertando á la capital, y á las seis de la tarde, sin pena ni fatiga, y antes bien sorprendido del atrevimiento de los ingenieros y encantado con el panorama un poco aterrador del Infiernillo y de la Barranca de Metlac, se descende en Veracruz en algún hotel, donde no falta ni una succulenta comida ni una buena cama, mosquitos y mucho, mucho calor en el verano, eso sí.

El lector tiene que permitirme lo que puede llamarse una indiscreción. En uno de mis viajes á esas regiones tropicales conocí á una dama que llamó mi atención, y no porque faltasen muchachas muy guapas en el puerto, sino porque además de ser ella grande, desarrollada, lo que se puede llamar una mujer hermosa, era catalana, y aunque parezca increíble, era la primera catalana que veía yo en mi vida. La emigración del bello sexo á las Américas fué desde los primeros tiempos de la Conquista escasísima y lo ha sido más, al menos en México, después de la independencia. Mientras han ido constantemente varones, más ó menos fuertes, en busca de aventuras ó de trabajo, contadas son las familias que se han ido á establecer allí. Las mujeres de todos los países son, por lo común, apegadas no sólo al país á que pertenecen, sino á su pueblo ó aldea, á la casa en que viven y á la recámara en que habitan. Este sentimiento de localidad es más determinado en las españolas. Había conocido, sin embargo, en México y en San Luis á madrileñas, andaluzas, gallegas y asturianas, pocas en verdad; pero catalanas, parece cosa rara, pero seguramente era la primera y la única que se había establecido en tierra mexicana. Su buen trato, su amabilidad y su conversación amena y siempre variada y divertida la hicieron muy popular en Veracruz, donde vivió años estimada y considerada de todos. Su residencia en ese lugar tuvo más tarde alguna influencia en acontecimientos trascendentales como veremos después. Esta amable persona, á la que no dejé de visitar las diversas ocasiones que bajé á Veracruz, se llamaba Rosa Miláns del Bosch, apellido muy conocido é ilustre en la historia de Cataluña. ®

IV

Ya hablaré de Barcelona, pero en este momento me ocuparé todavía de México para dar á conocer á la familia de la señora duquesa de Prim, al mismo tiempo que otra localidad distinta de la de Veracruz.

Es una tierra sana, más bien fría que cálida, de una aridez desoladora, como la mayor parte de lo que llamaron los antiguos españoles *reales de minas*. Es un pueblo con una larga calle que, como en la mayor parte de pueblos y ciudades de segundo orden, se llama *calle Real*, formada de casas bajas viejas, deslavadas con las lluvias, vacías y cerradas unas, ocupadas otras por familias que podía asegurarse, con sólo echar una mirada por las toscas rejas de madera de las ventanas, que no gozaban de las mejores comodidades. Desaseo y pobreza de muebles, más que pobreza, en algunas casas muebles quebrados, en otras ninguno. Para hablar la verdad, algunas buenas fincas de los richachos del pueblo, sus tiendas, su plaza con una fuente sin agua, su pequeña iglesia pintada de cal, algunas más casas dispersas en todas direcciones, y el suelo peñascoso, desigual, de color bronceado, tirando á rojo, un cerro enfrente, *pelado*, y el todo sin un árbol, sin un rincón verde que interrumpiese esta general desolación. Este pueblo se llama el Fresnillo, situado á unas veinte leguas de Zacatecas en la mesa central de la Sierra Madre, á muchos pies de elevación sobre el nivel del mar. En tiempos de la dominación española fué un célebre y rico *Real de minas* que produjo una verdadera corriente de plata; pero esta corriente llegó á agotarse y la pobre gente salía de las profundidades de las minas agobiada con el peso de cargas de piedras y de tierras que contenían tan pequeñas partículas de plata que en ocasiones valía más el azogue y la sal con que tenía que hacerse el beneficio.

Un día repentinamente se presentó en ese triste pueblo, que ya tocaba á su ruina, un caballero de México con un gran tren, y venía con plenos poderes, como Director de la Compañía Restauradora de Proaño, así se llama el cerrito eriazco que en mejores tiempos había estado relleno de plata. Era el nuevo Director, en la extensión de la palabra, un hombre elegante y de la edad en que se desarrolla toda la actividad y fuerza que tiene la organización humana. Colorado, de barba y pelo más que

rubio, tirando á oro rojo, parecía un irlandés. Jamás había estudiado ciencias ni entendía de minas, ni las había visto en su vida. Todos reían, pero él se puso á trabajar sin hacer caso de nadie, teniendo sólo cuidado de seguir las buenas indicaciones de los mineros viejos del lugar. ¿Para qué detenernos en por menores? bastará indicar el resultado.

A los dos años había edificado frente del cerro de Proaño una hacienda de beneficio de metales que no parecía, sino que positivamente era, un palacio. Donde no se encontraban sino escorias y peñascos había brotado como por encanto un jardín lleno de arbustos y de aromáticas flores; las minas que se creían agotadas producían veinticinco y treinta barras de plata cada mes; los mineros ganaban desde cuatro hasta veinte pesos por semana, y la población, próxima á desaparecer, porque familias enteras la habían abandonado, recobró la actividad y el bienestar de otros tiempos. Este Director, que después fué gobernador del Estado de Zacatecas y más adelante ministro de Hacienda, se llamaba D. José González Echeverría.

En un pueblo reducido fácilmente se conocen las gentes y se hacen amistad, y con González Echeverría la hice tan buena y tan franca que seis meses después de su llegada abandoné el desamueblado y oscuro cuarto que habitaba y fuí á instalarme en una recámara en la hacienda de Proaño, desde donde podía mirar en las bellas mañanas el fresco y verde jardín, único punto que interrumpía la aridez y monotonía de tan triste mineral. De vuelta á la capital visité la casa de González Echeverría, conservé buenas relaciones, y esto me permite escribir algunas líneas sobre esta distinguida familia.

Originaria del Estado de Veracruz, se componía de tres hermanos; Don José, director de Proaño; Don Angel, rico banquero, y Doña Antonia, que casó con Don Francisco Agüero. De esta unión nació una hija única. La casa, con la razón social de Agüero, González y Compañía, siguió muchos años en prosperidad hasta representar uno de los más fuertes capitales de la República.

Si la familia no era precisamente de las que ostentaban títulos de Castilla, sí pertenecía por sus parientes en la Península, por su educación y por sus cuantiosos bienes, á lo que se llama la aristocracia. La señora doña Antonia en su juventud tuvo fama de ser una de las más hermosas y cumplidas damas de Veracruz. La hija única era como una especie de esas artísticas figuras de porcelana de Sajonia. Pequeña de cuerpo, de formas suaves y bien torneadas, grandes ojos negros, blanca pálida, elegante á la vez que modesta, religiosa sin gazmoñería, correcta é irreprochable en su conducta, se podía decir que era la representación y el tipo de las señoritas de la buena y escogida sociedad mexicana. Don Francisco Agüero falleció, y la señora, algunos años después, por razón de salud, vino á fijarse en París, en un lujoso hotel de la calle de Richelieu. Era allí la reunión de la sociedad hispano-mexicana. Los hermanos Urbarren, Iturrigaray, Valdivieso, O'Brien, lo mejor, formaba la tertulia; allí trató á esta distinguida familia el general Don Juan Prim, que no sé si entonces estaba en Francia desterrado, por paseo ó asuntos, y concluyó por casarse y dar su nombre y título á la que es hoy duquesa de Reus.

V

Para atar esos hilos insignificantes de que he hablado al principio y reunir esas Memorias dispersas en el transcurso de tantos años, es necesario hacer algunas referencias en lo que tengan relación con el ilustre catalán, que es objeto de este capítulo, y con su distinguida familia.

No sé si es una ley de la historia, pero así como la atmósfera que da vida á los seres animados se compone invariablemente de oxígeno, hidrógeno y algún vapor de agua, la atmósfera política en que viven los gobiernos se compone invariablemente de liberales, de conservadores y algún grupo de moderados. Quizá es una condición necesaria para el equilibrio social.

Tampoco sé si es una ley social, pero donde quiera que el clero católico ha acumulado á los bienes materiales la influencia política, ha venido más tarde ó más temprano una verdadera revolución que se ha llamado de Reforma, para disminuir ese poder político y para reducir á los miembros de la comunidad cristiana á la sencillez y modestia de los tiempos primitivos de la Iglesia.

De la misma manera ignoro si es otra ley necesaria el que, para la marcha regular del grande grupo humano que se llama civilizado, aparezca de tiempo en tiempo un hombre superior que, sea por una razón, sea por otra, ejerza un influjo general en las cosas y en los hombres y se ponga al frente de los acontecimientos.

Sea lo que fuere de esos fenómenos sociales, tenemos que creerlos, porque los vemos y los palpamos, reservándonos cada uno, según nuestra opinión, á indagar las causas probables ó las consecuencias posibles.

En el año de 1840, Don José María Gutiérrez Estrada, persona de una distinguida familia de Yucatán, y muy apreciada por su instrucción y su exquisita educación, publicó un folleto en que pretendía probar que la felicidad de México consistía en un buen gobierno, y que habiéndose ensayado la República y cambiándose los gobernantes sin producir resultado satisfactorio, no había otro remedio sino establecer el sistema monárquico, con un monarca católico extranjero. Lanzada esta bomba en plena República, causó el estrago que ocasionan hoy los petardos de dinamita. Los ejemplares del folleto fueron recogidos y su autor tuvo más que de prisa que abandonar el suelo natal.

Cuando el partido liberal subía en México al poder el sistema del gobierno era la República Federal, cuando triunfaba el partido conservador, el sistema era República Central. El partido moderado servía para la transición de uno á otro sistema, y formando el eslabón de los extremos, no pocas veces logró tempo-

ralmente la conciliación y la paz; pero desde que Gutiérrez Estrada desplegó su bandera monárquica el partido conservador se volvió monarquista y el liberal tuvo que echar al viento su intransigente bandera roja y siguió más fuerte que nunca la guerra civil. Rara persona de los contemporáneos dejará de tener una idea de lo que es en cualquiera parte del mundo la guerra civil, para detenernos en explicarla. Una nación, en esos casos, es como el organismo humano cuando no está en su estado normal, sufre trastornos y dolores infinitos.

Tras la guerra civil vino la Reforma. Era una *evolución* y tenía que resolverse definitivamente. O los liberales aniquilaban completamente á sus adversarios y conquistaban la libertad civil y religiosa, ó los conservadores reducían á la impotencia á sus enemigos y concluían por traer un monarca católico extranjero y sentarlo en el trono de Moctezuma.

Para justificar la necesidad de un cambio tan radical, era necesario probar ante el mundo que la República no podía subsistir por más tiempo, y que los desórdenes y hasta los crímenes del fuero común, eran tantos y tan repetidos que los gobiernos extranjeros tenían de por fuerza que tomar una providencia cualquiera para asegurar la vida y los intereses de sus respectivos súbditos.

Acreditar á un individuo ó á un país es obra de años; desacreditarlo es cosa de pocos días. Se trabajó sin descanso y se logró el objeto. Se decía en toda Europa y escribían los periódicos en todos los idiomas que México era un país donde la civilización había perecido, donde los extranjeros eran robados y asesinados, especialmente los españoles, sin que el gobierno ni los tribunales de justicia, pudiesen ni quisiesen castigar á los criminales; en una palabra, que era un país que iba á desaparecer del catálogo de las naciones, si la Europa no se decidía á intervenir y á prestarle una generosa ayuda para que se constituyese un gobierno honrado, firme y estable, que diese garantías á los nacionales y á los extranjeros. En resumen, se pre-

dicó una especie de cruzada contra Mexico en pleno siglo XIX como en otros tiempos se había predicado contra los musulmanes y contra los albigenses.

La cuestión se volvió de moda y se consideraba bajo los aspectos más lisonjeros. No se trataba de atacar la independencia de una nación, sino de protegerla, de regenerarla, cuestión, en una palabra, de la raza latina en peligro con la temible vecindad de la raza sajona. Era precisamente la oportunidad de plantear en América una monarquía protegida por tres ó cuatro naciones de Europa. Los Estados Unidos del Norte, con motivo de la cuestión de la esclavitud, estaban ocupados en batallas de millones contra millones de hombres, y cuando volvieran en sí, tendrían que pasar por los hechos consumados y prescindir de la doctrina Monroe. La emperatriz Eugenia y la reina Isabel, cuyo excelente carácter personal y buen corazón no han puesto en duda ni sus mismos enemigos, participaban de estas opiniones y parecían entusiasmadas; no precisamente con la idea de la guerra y de la sangre, sino con la gloria de una influencia ó de una corona para un príncipe de la casa de Borbón, si el pueblo mexicano lo pedía y consentía en recibirlo. Además, era un paseo militar. Cuatro ó cinco mil hombres bastarían para llegar á la capital, y ayudados y sostenidos por el comercio, por los hombres honrados é influyentes de todos los partidos, encontrarían, en vez de pólvora y balas, victorias y coronas de flores. La ilusión era tentadora, el engaño completo; no se necesitaba más sino que participase de esas ilusiones y cayese en ese engaño el grande hombre de la época.

No sé tampoco si es otra ley, como ya he dicho, el que de tiempo en tiempo, por un conjunto de circunstancias ajenas de la previsión humana, aparezca un hombre influyente que (como se dice para caracterizarlo), por más ó menos tiempo, tiene en sus manos los destinos del mundo.

Durante un largo período no se movía la hoja del árbol sin la voluntad de Inglaterra. Cuando la estrella de lord Palmers-

ton, de ese grande hombre de Estado, declinaba, se levantó radiante la de Napoleón III. El mundo todo estuvo, durante un largo periodo, pendiente de su voluntad, y cuando en uno de sus discursos indicó la revisión de los tratados de 1815 la Europa entera se alarmó. No se apagó en Sedán la estrella de Napoleón sin que se levantara espléndida, como de primera magnitud, la del príncipe de Bismark.

Napoleón III sonrió al pensamiento de un protectorado, de una monarquía creada por él, protegida por él, Jefe influente y victorioso de la raza latina, en un país lejano, pero rico, misterioso, encerrando en su seno tesoros de oro y plata, y donde la industria y la actividad francesa encontrarían manera fácil de ejercitarse. La emperatriz descendía de Moctezuma, la casa de Guzmán históricamente era la heredera de ese monarca legendario.¹ No era ya posible ni vacilar, ni esperar más tiempo. La expedición de México era la página más bella de la historia de su reinado.

Todas estas cosas parecen increíbles, y sin embargo así pasaron.

En 31 de Octubre de 1861 se firmó en Londres, un tratado entre Francia, España é Inglaterra para obrar colectivamente y exigir á México la reparación debida á tantos agravios como se suponía habían hecho durante años á españoles, franceses é ingleses, y desde el 4 al 7 de Enero del año siguiente de 1862 fondeaban en la bahía de Veracruz los buques de Guerra *San Quintín, San Francisco de Asís, Ulloa, Massena, Guerrier, Ardent, Astrea, San George, Sans-Pareil, Challenger, Mercí, Plower* y otros Avisos y buques menores, con diez mil hombres poco más ó menos de desembarco. Las fuerzas francesas estaban á cargo del vicealmirante Jurien de la Graviere, las inglesas al del comodoro Dunlop y las españolas al del general Don Juan

¹ El abad Brasseur de Bourbourg publicó en ese tiempo una obra sobre la historia antigua de México. En el tomo IV está un árbol genealógico, donde consta que la emperatriz Eugenia desciende del emperador de México, Moctezuma II.

Prim, conde de Reus, que á ese cargo militar reunía el carácter de enviado extraordinario. La diplomacia y la guerra. El 7 de Enero de 1862 se enarbolaron en el castillo de San Juan de Ulúa y en la plaza de Veracruz la bandera francesa en el centro, la inglesa á la derecha y la española á la izquierda. El conde de Reus, en el acto que desembarcó, montó en un arrogante caballo que se le tenía preparado, y seguido del secretario de la Legación, Don Antonio López de Ceballos, del brigadier Don Lorenzo Miláns del Bosch y de su Estado Mayor se dirigió donde estaba ya situado el cuartel general.

VI

Dejemos descansar en Veracruz al ilustre catalán, al impávido brigadier y al reflexivo secretario Don Antonio López de Ceballos,¹ con cuya amistad me honro todavía, y demos un paseo en la capital de México, donde hay personajes que representaron un importante papel de esta tragedia. A unos los conocí simplemente, á otros los traté con más ó menos intimidad.

Estos altos personajes son el conde Dubois de Saligny, ministro del emperador de los franceses, Sir Charles Lenox Wyke, ministro de S. M. la Reina de la Gran Bretaña y Don Juan B. Jecker, banquero, con el que, con diversos motivos, tuve frecuentes relaciones.

Aunque invirtiendo el orden comenzaremos por el último. No recuerdo en qué año, pero de entonces acá han pasado bastantes primaveras, desembarcaron en Veracruz, entre otros extranjeros, dos suizos hermanos. El mayor, que se llamaba Luis, era un hombre de baja estatura, de anchas espaldas, una gran cabeza como de busto romano, ojos torvos, y uno, el iz-

¹ Este apreciable amigo ha fijado su residencia en Caracas, donde también vive retirado el Señor Middleton, que fué algunos años ministro de Inglaterra en México.

ton, de ese grande hombre de Estado, declinaba, se levantó radiante la de Napoleón III. El mundo todo estuvo, durante un largo periodo, pendiente de su voluntad, y cuando en uno de sus discursos indicó la revisión de los tratados de 1815 la Europa entera se alarmó. No se apagó en Sedán la estrella de Napoleón sin que se levantara espléndida, como de primera magnitud, la del príncipe de Bismark.

Napoleón III sonrió al pensamiento de un protectorado, de una monarquía creada por él, protegida por él, Jefe influente y victorioso de la raza latina, en un país lejano, pero rico, misterioso, encerrando en su seno tesoros de oro y plata, y donde la industria y la actividad francesa encontrarían manera fácil de ejercitarse. La emperatriz descendía de Moctezuma, la casa de Guzmán históricamente era la heredera de ese monarca legendario.¹ No era ya posible ni vacilar, ni esperar más tiempo. La expedición de México era la página más bella de la historia de su reinado.

Todas estas cosas parecen increíbles, y sin embargo así pasaron.

En 31 de Octubre de 1861 se firmó en Londres, un tratado entre Francia, España é Inglaterra para obrar colectivamente y exigir á México la reparación debida á tantos agravios como se suponía habían hecho durante años á españoles, franceses é ingleses, y desde el 4 al 7 de Enero del año siguiente de 1862 fondeaban en la bahía de Veracruz los buques de Guerra *San Quintín, San Francisco de Asís, Ulloa, Massena, Guerrier, Ardent, Astrea, San George, Sans-Pareil, Challenger, Mercí, Plower* y otros Avisos y buques menores, con diez mil hombres poco más ó menos de desembarco. Las fuerzas francesas estaban á cargo del vicealmirante Jurien de la Graviere, las inglesas al del comodoro Dunlop y las españolas al del general Don Juan

¹ El abad Brasseur de Bourbourg publicó en ese tiempo una obra sobre la historia antigua de México. En el tomo IV está un árbol genealógico, donde consta que la emperatriz Eugenia descende del emperador de México, Moctezuma II.

Prim, conde de Reus, que á ese cargo militar reunía el carácter de enviado extraordinario. La diplomacia y la guerra. El 7 de Enero de 1862 se enarbolaron en el castillo de San Juan de Ulúa y en la plaza de Veracruz la bandera francesa en el centro, la inglesa á la derecha y la española á la izquierda. El conde de Reus, en el acto que desembarcó, montó en un arrogante caballo que se le tenía preparado, y seguido del secretario de la Legación, Don Antonio López de Ceballos, del brigadier Don Lorenzo Miláns del Bosch y de su Estado Mayor se dirigió donde estaba ya situado el cuartel general.

VI

Dejemos descansar en Veracruz al ilustre catalán, al impávido brigadier y al reflexivo secretario Don Antonio López de Ceballos,¹ con cuya amistad me honro todavía, y demos un paseo en la capital de México, donde hay personajes que representaron un importante papel de esta tragedia. A unos los conocí simplemente, á otros los traté con más ó menos intimidad.

Estos altos personajes son el conde Dubois de Saligny, ministro del emperador de los franceses, Sir Charles Lenox Wyke, ministro de S. M. la Reina de la Gran Bretaña y Don Juan B. Jecker, banquero, con el que, con diversos motivos, tuve frecuentes relaciones.

Aunque invirtiendo el orden comenzaremos por el último. No recuerdo en qué año, pero de entonces acá han pasado bastantes primaveras, desembarcaron en Veracruz, entre otros extranjeros, dos suizos hermanos. El mayor, que se llamaba Luis, era un hombre de baja estatura, de anchas espaldas, una gran cabeza como de busto romano, ojos torvos, y uno, el iz-

¹ Este apreciable amigo ha fijado su residencia en Caracas, donde también vive retirado el Señor Middleton, que fué algunos años ministro de Inglaterra en México.

quierdo, completamente visco. El menor que se llamaba Juan Bautista, por el contrario, era más alto, esbelto, de buenos ojos y regulares facciones, muy pálido y su fisonomía toda tenía un conjunto de frialdad y de tristeza. Provistos de cartas de recomendación y con algún dinero, subieron á México. El hermano mayor era médico y cirujano. Se presentó á examen, fué aprobado por unanimidad por la Escuela de Medicina y comenzó á ejercer su profesión. El menor fué colocado como dependiente en una respetable casa inglesa que giraba bajo la razón social de Montgomery, Nicod y Compañía.

No pasó mucho tiempo sin que los dos se distinguiesen é hiciesen conocer de la sociedad mexicana, especialmente el doctor. Tenía unas grandes manos, con los dedos cortos y gordos, se hubiera dicho manos de arriero, pero cuando hacía una operación las manos pulidas de una dama no eran más suaves ni más delicadas. En esa época no se conocían, ó al menos no se usaban, los anestésicos, y los pacientes que tenían que sufrir una operación diez, veinte ó cuarenta minutos, eran verdaderos mártires. La habilidad y la destreza de Jecker casi suplían al cloroformo y al éter. Hizo curas y operaciones difíciles *en casos*, como dicen friamente los médicos, verdaderamente desesperados. Su fama, naturalmente, voló por toda la República; el gobierno lo nombró profesor de Anatomía topográfica de la Escuela de Medicina, y su clientela, especialmente de la gente rica, fué tan numerosa que tenía necesidad de rehusar la asistencia á más de la mitad de los que la solicitaban. A los ricos les cobraba cuentas enormes; á los pobres les curaba de balde, y á veces les daba algún dinero para las medicinas. En el transcurso de algunos años reunió con su trabajo y su ciencia un capital de medio millón de duros. Cansado ya y atormentado con el mal de gota que le habían ocasionado sus invencibles inclinaciones gastronómicas, resolvió abandonar el país. Regaló á su hermano Don Juan trescientos mil pesos, y con los doscientos mil restantes se dirigió á París, no á descansar, sino á suicidarse. Por una

casualidad hicimos el viaje juntos desde Veracruz á Orleans, y de ese puerto al de Boston y á Londres. El doctor, como la mayor parte de los médicos, era materialista. Sus estudios en el cuerpo humano le habían convencido de que el hombre es una máquina delicada sujeta á frecuentes descomposiciones por el menor accidente, y que, más ó menos fuerte, concluye por gastarse y no poder funcionar. Destruída en un día dado esa máquina, lo que se llama vida concluye, y esta es la historia de todos los animales, incluso el hombre, en su breve tránsito por esta tierra. Fácil es suicidarse en un momento, pero el doctor adoptó el medio de forzar y echar leña á su máquina hasta que reventase. Comidas, diversiones, placeres de todo género, hasta caer postrado en cama, y como remedio se metía en una tina de agua tibia y permanecía en el baño dos ó tres días mascando hielo. Aliviado, volvía á comenzar la vida alegre, hasta que por fin en el curso de algunos meses dió al traste con su máquina, sobrándole todavía unos setenta ú ochenta mil pesos, que dejó á varios establecimientos de beneficencia de París.

Liquidada la casa de Montgomery, Nicod y Compañía, y con trescientos mil pesos en mano, Don Juan Bautista entró en sociedad con Don Isidoro de la Torre, de la distinguida familia de los Torres, andaluces residentes en Bordeaux, que creo existen todavía. Con la razón social de Jecker, Torre y Compañía se estableció la casa. Torre marchó á Mazatlán, Jecker quedó en México, y mientras el doctor tiraba en París el dinero por la ventana, el hermano y su socio hacían los mejores negocios y llenaban sus cajas de dinero. Convinieron más adelante en una liquidación, y disolvieron la compañía separándose cada uno con un millón trescientos mil duros en oro y plata. La casa de Jecker continuó bajo la denominación de Juan B. Jecker y Compañía, pues quedó como dependiente y socio un inteligente joven sobrino de Torre.

Juan B. Jecker y Compañía llegó á ser una casa sólida como esas que describe admirablemente Charles Dickens que go-

zan de la confianza general, que son fieles depositarios no sólo de dinero y joyas, sino de los secretos de grandes personajes, y que sin dar la cara ni mezclarse en la política ejercen, sin embargo, un influjo en los acontecimientos.

Jecker era frío en su trato familiar, medido en su conversación, difícil para los negocios, pero una vez que convenía en ellos, su palabra equivalía á una escritura. Exacto en sus compromisos, honrado por carácter, laborioso por educación, sin vicios ni lujo, supo ganarse la confianza y estimación universal; los ricos le confiaban su dinero y los trabajadores y pequeños comerciantes sus economías, especialmente los franceses, suizos y belgas. En el curso de los años que giró su casa con acierto y fortuna, jamás se había mezclado en la política, y por el contrario, era el banquero de los gobiernos que se sucedían; las más veces hacía buenos negocios, pero otras facilitaba fuertes sumas sin interés pecuniario, de modo que así tenía cierta influencia con los gobernantes, influencia que es necesario decir, en obsequio de la verdad, no fué funesta sino en los últimos tiempos.

Siguió así años viento en popa, extendió sus relaciones en el extranjero y en las ciudades y puertos de la República, y abarcó cuantas empresas se le presentaron: ferreterías, minas, ingenios de azúcar, cambio, deslinde de terrenos, en una palabra, casi no había negocio en que no tuviese poca ó mucha parte. Para tantas y tan diversas atenciones usó no sólo de su capital sino de los muchos que recibía á réditos y de cuanto tuvo á la mano. Unos negocios eran de producto inmediato, otros no; unos buenos y lucrativos, otros, como los de minas y terrenos, de inmediato desembolso y de lejana retribución. De un compromiso á otro, y de un apuro á otro mayor, su situación se hacía cada día más difícil. No encontró más remedio que ingerirse entonces en la política y valerse, para salvar su situación, de las buenas relaciones que había adquirido. Durante el transitorio gobierno de Miramón se resolvió á jugar el todo por el todo; reunió cuanto dinero efectivo pudo y celebró un contrato, con el cual no só-

lo se creyó salvado, sino compensado de las pérdidas y desembolsos que había hecho en especulaciones desgraciadas. Más adelante sabremos, por boca del ministro inglés, qué clase de contrato era éste y qué opinión tenía de él.

El gobierno del general Miramón no duró lo bastante para que Jecker se hubiese siquiera reembolsado del dinero efectivo que entregó. Volvió al poder el partido liberal, y la primera providencia que dictó, como era de esperarse, fué desconocer tal contrato y suspender el curso del papel que circulaba en las plazas de comercio con el título de bonos Jecker.

La poderosa casa, que había resistido á tantos embates y á cuyas cajas iba con ciega confianza el dinero de los más notables y ricos mexicanos, cayó desmoronada como un castillo de naipes con un activo que importaba millones, por entonces imaginarios, pero con un pasivo de tres millones de pesos. Como un temblor conmovió este suceso á todo el país, pero especialmente en la capital fué un día de luto. Los mexicanos que á la sombra y con el nombre de Jecker habían hecho negocios y ganado dinero, se callaron y se estuvieron fuertes por lo que en esa vez perdían; pero los carpinteros, los herreros, los peluqueros, las modistas, las lavanderas, multitud de pobres gentes, en su mayoría franceses, que habían depositado sus economías, pusieron el grito en el cielo, y los primeros días, á pesar de la sangre fría del suizo, como le decían, tuvo que esconderse y no volvió á ponerse frente de la casa, asistido de un sindicato, sino cuando calmó un tanto la primera y justa emoción de los que habían perdido cuanto tenían.

El horizonte político se ponía día por día más sombrío; el gobierno tenía que luchar día y noche con sus enemigos interiores, á la vez que las relaciones con los ministros extranjeros se hacían más tirantes y difíciles. La miseria, llegando á su último extremo, obligó al secretario de Hacienda á suspender las asignaciones que tenían en las administraciones marítimas las convenciones diplomáticas y deuda de Londres, y la bomba estalló.

El rompimiento fué decisivo y los agentes diplomáticos se prepararon á abandonar la capital.

Jecker, entretanto, no se había dormido. Los periódicos franceses más acreditados, desde que se estableció la República, han referido con todos sus accidentes y circunstancias, como Jecker, suizo de origen, fué nacionalizado francés, y como interesándose personajes muy influentes, fué aceptada su reclamación, como un crédito liso, llano y legal que México debía satisfacer con su añadidura de réditos, daños y perjuicios, etc.

Aparte el interés pecuniario, la política que entonces se seguía en las Tullerías acogió la reclamación de Jecker como un arma poderosa en contra del gobierno liberal, y la fuerte suma que importaba encabezaba de una manera magistral la larga y supuesta lista de agravios inferidos á los franceses. A su tiempo sabremos su inesperado y extraño desenlace. Sigamos con nuestros personajes.

VI

En la casa de Don Manuel Escandón, que desde tiempos atrás era frecuentada por diplomáticos y cónsules extranjeros, conocí á Sir Charles Lenox Wyke y al conde Dubois de Saligny.

No era sir Charles de esos tipos de gruesas y encendidas caras, rubias y largas patillas y de porte soberbio y maneras frías y duras, sino por el contrario, delgado, pálido, cabello obscuro y aspecto más bien de raza latina, muy amable, de suaves modales, aunque un poco ceremonioso, grave y reservado cuando trataba asuntos que de cerca ó de lejos pudieran tener conexión con sus funciones diplomáticas. En poco tiempo supo captarse la consideración de las principales personas de México, especialmente de las que pertenecían al partido liberal, por el cual tenía simpatías y deseaba, de acuerdo con lord Palmerston, que las reformas civiles y religiosas que había ya intentado tuviesen una plena conformación. El asunto principal que tenía era *ofi-*

ciosamente el arreglo de la deuda de Londres, y que volviese á pagarse la asignación á la convención, pero no era hostil al gobierno ni deseaba que las cosas se llevasen al extremo.

El conde Dubois de Saligny no era precisamente el tipo (no obstante su título) de la vieja nobleza de Francia. De cuerpo mediano, ancho de espaldas, cara y cabeza redonda, cabello escaso y poblada barba negra, corto de vista y gesto desagradable, no inspiraba, á primera vista, ni simpatía ni respeto.

A poco que se le tratara se reconocía en él talento, instrucción enciclopédica, una imaginación exaltada, una ligereza infinita para juzgar de las cosas y un carácter violento que estallaba por el más leve incidente. Se calmaba á poco, si se le hablaba con calma y se le contradecía con moderación; pero volvían á repetirse esas cóleras y era cosa de nunca acabar. Cuando en uno de esos arranques aplicaba al ojo izquierdo y oprimía entre sus párpados un lente cuadrado, su fisonomía tomaba un aspecto tan singular, que no se sabía si inspiraba miedo ó risa. Con ideas monárquicas, favoreciendo decididamente el negocio de Jecker y mil otras reclamaciones que más adelante se reconocieron como exageradas ó como puramente fantásticas por la comisión francesa, con prevenciones y antipatías contra las personas del gobierno, lo que deseaba era un rompimiento estrepitoso y aprovechó perfectamente la temporal suspensión de pagos. A todo esto se reunía una cosa muy grave. Sea por los despachos de Saligny, sea por las relaciones de otras personas y de la prensa, el emperador Napoleón tenía una aversión personal contra Juárez y se consideraba humillado en la altísima esfera que ocupaba si hacía un tratado cualquiera, aunque fuese muy favorable á Francia, con un presidente de pura raza indígena. Así la cuestión no podía tener solución, pues Juárez era precisamente un presidente enteramente constitucional y su gobierno, aunque combatido por los monarquistas, funcionaba legal y regularmente.

Con estos antecedentes, es posible determinar los graves asuntos que tenía entre manos el ministro del Emperador:

Destruir á toda costa y á la mayor brevedad el gobierno de Juárez.

Apoderarse de las aduanas mexicanas para cobrar quince ó más millones de pesos de la réclamación Jecker.

Casarse con una mexicana que le llevase un dote de medio millón de duros.

Este era un negocio personal, pero entraba por mucho, para lograrlo, su importante posición oficial y la influencia y relaciones con algunas familias de alta posición, y más de una vez se dejó decir que su casamiento sería la señal de la paz entre Francia y México, aunque es muy de dudarse que el Emperador, que estaba entusiasmado con *la mejor página de su reinado*, hubiese modificado sus instrucciones.

Ya que hemos hecho conocimiento, aunque sea superficialmente, con los principales personajes que en primera línea figuraron en estas escenas que parecen más bien inventadas para una novela, miraremos un instante á las colonias extranjeras que habitaban la capital en esa época.

La colonia alemana, compuesta en su mayor parte de individuos de las ciudades anseáticas, se dedicaba á sus negocios sacando el partido posible de las circunstancias mismas del país, no reclamaba nada ni decía haber recibido agravios de ninguna clase. Con todo y esto el ministro de Prusia, á quien ni de vista conocí, no era muy amigo del gobierno y ayudaba, en cuanto se lo permitía su posición, á M. de Saligny.

La colonia inglesa, poco numerosa, representada por dos ó tres casas respetables, tampoco se quejaba. Precisamente los tenedores de bonos de la convención inglesa que residían en México eran panameños ó mexicanos.

La colonia española estaba enteramente dividida; los unos, liberales y partidarios del gobierno de Juárez; los otros, reaccionarios, amigos de la intervención y moviendo en México y España toda clase de recursos para una acción pronta, enérgica y armada. Naturalmente, habían por sus intereses y sus opinio-

nes mezclándose más ó menos directa ó indirectamente en la política. En las filas de los liberales, y con las armas en la mano, se encontraban ocho ó diez caudillos, y en el partido reaccionario otros tantos, haciéndose notar los hermanos Marcelino y José María Cobos por su audacia, su valor y su fortuna en la campaña, lo que naturalmente exaltaba las pasiones de los liberales y casi los obligaba á la venganza.

La colonia francesa, pacífica é industriosa, en nada se mezclaba; pero los interesados en algunas injustas y exageradas reclamaciones y en el negocio de Jecker valían por todos los demás.

Después de pasado el tiempo, es curioso concretar el cúmulo de sucesos que acontecen por diversas causas y que luego reunidos obran en conjunto formando una fuerza irresistible.

Los distintos intereses puestos en juego y bajo una forma material y visible contrarios al gobierno de Juárez eran:

El odio del Emperador á Juárez.

Jecker, con su reclamación de quince millones y sus muchos acreedores al concurso, que esperaban ser pagados en cuanto triunfase la intervención.

El partido monarquista, que combatía diariamente con las armas en la mano.

El clero, que esperaba recobrar sus bienes, sus privilegios y su influencia.

Los interesados en la convención española, que veían ya cercano el fruto de diez años de trabajos en México y en Madrid.

El carácter irascible de M. de Saligny y su incansable actividad para destruir desde sus cimientos el sistema republicano y la Reforma.

Y como si esto no fuese bastante, veinticinco barcos de guerra en Veracruz y diez mil hombres de tropas inglesas, francesas y españolas en posesión de la costa, escalonados y dispuestos á marchar al interior del país.

Con menos elementos contrarios, cualquier gobierno de cualquier país del mundo habría sucumbido.

El gobierno de Juárez, impávido, firme como la roca en medio de un enfurecido Océano, no tuvo ni un momento de miedo, ni un instante de vacilación.

VIII

Continuemos por ahora le pequeña historia anecdótica que ella nos conducirá á los sucesos más graves que, sin embargo, tienen un forzoso enlace con los que parecen cuentos insignificantes. Dejamos en Veracruz á los jefes españoles. Al general Prim no tuve el gusto de conocerle, al brigadier sí. Era Don Lorenzo Miláns del Bosch, un hombre delgado, pero de una buena musculación, como de cincuenta años, muy erguido, llevando con desembarazo y con aire marcial el vistoso traje militar del ejército español. Su fisonomía abierta y franca, tostada con el aire del mar que acababa de atravesar, le daba cierta severidad y de pronto tal vez dureza. Se sentía cierto embarazo al hablarle por primera vez, como temiendo una respuesta violenta, pero cuando su boca, un poco grande, se abría y decía algunas palabras, se reconocía, lo mismo que en su mirada franca, que no podía decir más que lo que le salía del corazón; con una fácil percepción y un fondo de justicia, debido á su honrado carácter, decidía las cuestiones magistral, pero exactamente, y no había que contradecirle, porque apelaba á la obediencia que manda la ordenanza. Buen soldado y fiel servidor de la Reina, sus personales opiniones eran tan avanzadas y tan liberales que á su lado Pí y Margall y Ruiz Zorrilla, hubiesen podido pasar por discípulos de Torquemada.

¿Cómo fué que á las pocas horas de haber desembarcado en ese puerto mexicano, de que he tratado de dar una ligera idea, conociese, é hiciese amistad, como si de años se hubieran conocido, con Jorge de la Serna? Nunca lo he llegado á averiguar, pero el caso fué que así sucedió, y era fácil en una ciudad pequeña.

Don Jorge de la Serna era un joven de clarísimo talento, de un carácter independiente, de una fecundia sin límites, muy relacionado y querido en Veracruz, y socio de la casa norteamericana de Hargous y Compañía. Genio, maneras é ideas en muchos puntos parecidas á las del Brigadier, pronto simpatizaron é hicieron tan buena amistad, que en lo que se ofrecía, y se ofrecía mucho en aquellos momentos á los mexicanos y extranjeros que habitaban en Veracruz, Jorge de la Serna era un empeño seguro para el brigadier, y el brigadier empeño seguro para el conde de Reus, que lo estimaba muy particularmente, según supe, no solo como militar valiente, sino como fiel amigo. Infinidad de asuntos difíciles se arreglaron así con facilidad y en pocas palabras.

Jorge presentó al brigadier á las personas más notables de la población y en cada conversación, en cada casa, en vez de enojo y de reserva, no encontraba más que franqueza y conciliadoras palabras, y sobre todo elogios y buenas memorias de la persona y de su familia que había por algunos años habitado el puerto. Es menester no conocer á la naturaleza humana para pensar que un hombre, por duro que sea su carácter, pueda ser indiferente á estas atenciones; así, si pudo él traer algunas prevenciones desfavorables al desembarcar, á los tres días de estar en Veracruz no tenía sino simpatías y deseos de que no se quemase ni un sólo grano de pólvora.

El día antes de que Don Lorenzo saliese de Veracruz á disponer el campamento de sus tropas, Jorge de la Serna se propuso, como él decía, *descararse completamente*.

—Brigadier, le dijo, estamos solos; voy á hablarle á usted como un amigo. ¿Lo permitirá usted? ¿No se ofenderá el militar español?

—Y si se ofende, aquí está Lorenzo Miláns para irle á la mano. Hable usted y eche fuera lo que tenga, pero que sea breve, pues dentro de quince minutos tendré que estar á caballo para salir fuera de la ciudad.

—Pues bien, brigadier lo que está pasando es una verdadera atrocidad: venir desde dos mil leguas á matarse con los mexicanos, por cuatro reales, porque para dos naciones, por mucho que importe la conversión española, no son más que cuatro reales y quizá menos todavía. ¡Caer España en el lazo que le han tendido las intrigas de Saligny y de los conservadores, ¡qué error tan grande! ¡Venir á perecer del vómito, de la fiebre y de las balas los mejores regimientos del ejército español, ¡qué barbaridad! Esto no puede ser, y no será, porque los que no *debemos ni tememos* gritaremos muy alto en contra de lo que está pasando. Ya ha visto usted aquí á los españoles ricos, pacíficos, estimados de la población, algunos llevan veinte y treinta años de habitar en Veracruz y no tienen una sola queja.

—Ya sé adónde va usted á dar, Don Jorge, le contestó el brigadier catalán; la carrera de las armas es muy gloriosa, pero tiene también sus amarguras y sinsabores. Si el general Prim me lo manda me batiré contra todo el mundo; pero esté usted seguro que no haré sino lo que sea justo.

Don Lorenzo estrechó cariñosa y significativamente la mano de este notable veracruzano y partió al desempeño de sus deberes militares.

IX

El 14 de Enero de 1862 salió el brigadier Don Lorenzo Miláns para la capital de la República, acompañado del jefe de Estado Mayor Don José Argüelles, del capitán de la marina francesa M. Thomaset y del capitán de la marina inglesa M. Eduardo Patham. Estos personajes eran portadores del *últimátum pacífico* de las tres potencias aliadas. Decían que no venían en son de conquista ni á atacar la independencia de la nación, sino á pedir solamente la reparación de los agravios que sus súbditos habían recibido.

La comisión fué bien recibida en la capital, adonde llegó el

día 20, porque cada uno de los grupos interesados en estos sucesos, y que hemos ya marcado, esperaban que les sería favorable.

El día 22 el ministro de Prusia dió un banquete á los comisionados, al que asistieron el secretario de Estado, Don Manuel Doblado, y otros altos funcionarios del gobierno. El 23 en la noche Don José González Echeverría, tío de la duquesa de Prim, y el mismo que hemos visto desplegar una grande actividad y hacer producir muchísimas barras de plata al abandonado mineral del Fresnillo, dió al brigadier Miláns un gran baile de despedida. Mi curiosidad era grande, Jorge de la Serna me había escrito una larga carta y deseaba yo conocer al intrépido catalán, á quien no había podido ni siquiera ver de lejos el día anterior. Concurrí al baile más que por eso que por otra cosa.

—Ya me esperaba encontrar á usted por aquí, me dijo después de que le fuí presentado por el Sr. González Echeverría. Don Jorge me había prevenido que me buscaría usted.

Trabamos conversación en el curso de la noche, y no sé si por haber tenido amistad con una persona de su familia ó la situación misma, me hicieron hablarle con cierta confianza.

—Asombrado estoy, me dijo; esperaba encontrar confirmados, poco más ó menos, los horrores que nos han estado contando hace meses en Europa, y en vez de esto no hallo, desde que pisé las playas de Veracruz, más que amigos y gentes incapaces de cometer los excesos que se atribuyen á los mexicanos. El gobierno hace prodigios para sostener la Reforma y el honor de la nación. Siento que el general no esté aquí, pero no importa, sabrá lo que pasa en la capital, y después obrará como quiera.

Poquísimos duró la conversación, pues llenándose por momentos los salones, la mayor parte de los invitados deseaban hablar con los comisionados, sea por mera curiosidad, sea por indagar noticias ó por abogar por sus intereses. Yo observaba al brigadier en los grupos y vueltas que daba por el salón, se-

guido siempre de un grupo donde había de todas opiniones y de todas nacionalidades. Debieron algunos con preguntas indiscretas y con quejas injustas exasperar su paciencia, que repentinamente se detuvo.

— Ya estoy cansado; desde ayer no escucho más que quejas y reclamaciones absurdas, como si yo fuese el general en jefe ó tuviese poder para remediarlas. Yo no he visto aquí más que un gobierno que lucha valerosamente con sus enemigos, que sostiene el honor de su patria y que ha sido víctima de las intrigas y de la avaricia de los agiotistas. Si ustedes, señores españoles, se quejan, la culpa es de ustedes; la puerta está abierta y se pueden volver á España. ¿Para qué se mezclan en las guerras civiles? Ahí están los Cobos y otros españoles defendiendo la reacción y batiéndose con las tropas del gobierno, y por otro lado otros tantos batiéndose contra los reaccionarios. Naturalmente, tienen que sufrir las consecuencias como las sufren los mexicanos. Se equivocan mucho si creen que venimos á proteger á los clérigos y á los monarquistas, á derribar al gobierno y á restablecer la Inquisición. Ya ese tiempo pasó para no volver, ni en España ni en las Américas, y la Reina no quiere ni imponer un gobierno á los mexicanos ni violentar su opinión.

Por ese estilo dijo cosas tan claras y tan fuertes, que hoy mismo no me atrevo á reproducirlas textualmente por más que las haya conservado en mi memoria.

Los conservadores y monarquistas quedaron no solamente escandalizados sino rabiosos al escuchar al brigadier y á Don José González Echeverría, que despreciando, según decían, las tradiciones de la aristocracia y nobleza de su familia, se había degradado al ser ministro de Hacienda del gobierno demagogo.

Los comisionados regresaron á Veracruz el día 23, y la respuesta de Doblado fué de las más singulares y con un aplomo como si hubiese tenido treinta mil hombres y doscientas piezas de artillería.

Decía el secretario de Estado, que celebraba mucho que las

fuerzas de las tres potencias y personas de tan alta posición, como los plenipotenciarios, hubiesen venido á presenciar lo que pasaba en México, y que no teniendo objeto las tropas regresarían pronto á Europa á dar testimonio de que había un gobierno constitucional que defendía los principios de la libertad y de la Reforma, y que en cuanto á la cuestión pecuniaria, el gobierno tenía bastante capacidad y elementos para satisfacer las justas exigencias de los representantes de las naciones aliadas.

Esta nota, que entregó el brigadier Don Lorenzo Miláns, dejó estupefactos á los comisionados. No podían concebir tanta seguridad y tanta audacia. El general Prim calló y reflexionó.

X

Al salir el conde de Reus de España la Reina lo invistió con el doble carácter de general en jefe del ejército expedicionario y Ministro Plenipotenciario, enviado extraordinario.

Para él, batallador por inclinación, afecto á las expediciones difíciles y aventuradas, el papel de soldado en esas circunstancias era tentador. Tenía en su apoyo no solo á España, sino á Francia, y sin exageración á la Europa entera, con excepción de Inglaterra, porque lord Palmerston conservaba una cierta predilección por las repúblicas americanas y nunca había querido llevar las cosas hasta el punto de enviar tropas y escuadras; pero México, en resumen, estaba perdido en la opinión pública de Europa, y el soldado afortunado que llegase triunfante á la capital podía contar con una espléndida corona de gloria y con la aprobación universal. Se llegó á decir por el conde de Saligny mismo, que el general Prim tenía el plan de coronarse en México. Poco faltó para que hubiese un duelo entre el ministro francés y el general español.

Si á la fogosa imaginación del conde de Reus se presentaron esos tentadores fantasmas de una nueva gloria, no es posi-

guido siempre de un grupo donde había de todas opiniones y de todas nacionalidades. Debieron algunos con preguntas indiscretas y con quejas injustas exasperar su paciencia, que repentinamente se detuvo.

— Ya estoy cansado; desde ayer no escucho más que quejas y reclamaciones absurdas, como si yo fuese el general en jefe ó tuviese poder para remediarlas. Yo no he visto aquí más que un gobierno que lucha valerosamente con sus enemigos, que sostiene el honor de su patria y que ha sido víctima de las intrigas y de la avaricia de los agiotistas. Si ustedes, señores españoles, se quejan, la culpa es de ustedes; la puerta está abierta y se pueden volver á España. ¿Para qué se mezclan en las guerras civiles? Ahí están los Cobos y otros españoles defendiendo la reacción y batiéndose con las tropas del gobierno, y por otro lado otros tantos batiéndose contra los reaccionarios. Naturalmente, tienen que sufrir las consecuencias como las sufren los mexicanos. Se equivocan mucho si creen que venimos á proteger á los clérigos y á los monarquistas, á derribar al gobierno y á restablecer la Inquisición. Ya ese tiempo pasó para no volver, ni en España ni en las Américas, y la Reina no quiere ni imponer un gobierno á los mexicanos ni violentar su opinión.

Por ese estilo dijo cosas tan claras y tan fuertes, que hoy mismo no me atrevo á reproducirlas textualmente por más que las haya conservado en mi memoria.

Los conservadores y monarquistas quedaron no solamente escandalizados sino rabiosos al escuchar al brigadier y á Don José González Echeverría, que despreciando, según decían, las tradiciones de la aristocracia y nobleza de su familia, se había degradado al ser ministro de Hacienda del gobierno demagogo.

Los comisionados regresaron á Veracruz el día 23, y la respuesta de Doblado fué de las más singulares y con un aplomo como si hubiese tenido treinta mil hombres y doscientas piezas de artillería.

Decía el secretario de Estado, que celebraba mucho que las

fuerzas de las tres potencias y personas de tan alta posición, como los plenipotenciarios, hubiesen venido á presenciar lo que pasaba en México, y que no teniendo objeto las tropas regresarían pronto á Europa á dar testimonio de que había un gobierno constitucional que defendía los principios de la libertad y de la Reforma, y que en cuanto á la cuestión pecuniaria, el gobierno tenía bastante capacidad y elementos para satisfacer las justas exigencias de los representantes de las naciones aliadas.

Esta nota, que entregó el brigadier Don Lorenzo Miláns, dejó estupefactos á los comisionados. No podían concebir tanta seguridad y tanta audacia. El general Prim calló y reflexionó.

X

Al salir el conde de Reus de España la Reina lo invistió con el doble carácter de general en jefe del ejército expedicionario y Ministro Plenipotenciario, enviado extraordinario.

Para él, batallador por inclinación, afecto á las expediciones difíciles y aventuradas, el papel de soldado en esas circunstancias era tentador. Tenía en su apoyo no solo á España, sino á Francia, y sin exageración á la Europa entera, con excepción de Inglaterra, porque lord Palmerston conservaba una cierta predilección por las repúblicas americanas y nunca había querido llevar las cosas hasta el punto de enviar tropas y escuadras; pero México, en resumen, estaba perdido en la opinión pública de Europa, y el soldado afortunado que llegase triunfante á la capital podía contar con una espléndida corona de gloria y con la aprobación universal. Se llegó á decir por el conde de Saligny mismo, que el general Prim tenía el plan de coronarse en México. Poco faltó para que hubiese un duelo entre el ministro francés y el general español.

Si á la fogosa imaginación del conde de Reus se presentaron esos tentadores fantasmas de una nueva gloria, no es posi-

ble saberlo, pero no es tampoco temerario el suponerlo, y si así sucedió, mayor es su mérito. Guardó la espada y aceptó de lleno su papel de embajador, y dominando su carácter, contemporizando con sus colegas y sobreponiéndose á las dificultades, continuó en todos sus pasos con la cordura y parsimonia con que había comenzado desde el momento que desembarcó en Veracruz.

Los ministros ó comisarios reales é imperiales, eran por Inglaterra Sir Charles Lenox Wyke, del cual he procurado dar una idea, el Comodoro Dunlop, de quien nada puedo decir, pues no lo conocí; por Francia el conde Dubois de Saligny y el vicealmirante Jurien de la Graviere,¹ á quien tampoco conocí, pero tuve algunas noticias de un amigo (Rascón), que lo trató mucho. Era no solamente un *viejo lobo de mar* sino un astrónomo y un distinguido escritor é historiador de la marina; de franco y amable trato, de instructiva y variada conversación, pero que estaba imbuido también en las injustas y exageradas ideas reinantes en contra de México. Por parte de España ya lo hemos dicho, el general Prim era el comandante de las tropas españolas, y al mismo tiempo el Ministro Plenipotenciario, de S. M. la reina Isabel.

Por lo poco que he podido decir del conde de Saligny, se concebirá que no era su carácter el más propio para ganarse la confianza y la amistad del general Prim, sin embargo, con la mejor buena fe, lo primero que quizo fué que la concordia y la armonía reinase entre los plenipotenciarios, que su acción fuese uniforme y encaminada pura y simplemente á cumplir con el tratado de Londres, á obtener de México el arreglo de las cuestiones pecuniarias pendientes, sin mezclarse en su regimen interior, sin violentarlo, sin que de ninguna manera pareciese ni se entendiese que las armas y la marina de las tres naciones venían á proteger y á apoyar al partido monarquista. Para lograr esto, redactó un manifiesto á la nación mexicana, dió un

¹ Hace poco tiempo fué recibido miembro de la *Academia Francesa*.

convite á los plenipotenciarios y á los jefes más distinguidos de las tropas de línea y de las escuadras, convocó repetidas reuniones y conferencias y logró de pronto dominar así la situación, llevar la iniciativa y hacerse cabeza ó jefe de la expedición, para conducir las negociaciones diplomáticas de modo que le diesen un resultado pacífico y feliz.

Trabajo perdido. Saligny pareció ó convencerse ó resignarse; se dejó conducir y firmó los primeros documentos, pero á los pocos días el general Prim se vió envuelto en dificultades y rodeado de disgustos de todo género, y la armonía que él quiso establecer, fué interrumpida en la primera junta donde trataron de convenir en ciertas reglas para tratar, en su tiempo, con el ministro mexicano del arreglo de sus respectivos créditos.

Saligny no pudo contenerse ni seguir sufriendo la influencia del jefe español. Presa de esas cóleras, originadas también por una enfermedad de hígado que padecía, sostuvo con ciertas expresiones violentas que el pago de los quince millones de Jecker había de tener preferencia sobre los créditos ingleses y españoles. Sir Charles Wyke y el general Prim rechazaron con energía tan absurda cuanto injusta pretensión.

He aquí la mentada reclamación de Jecker tal como Sir Charles Wyke la refirió al conde de Reus en la junta:

“Próximo á caer Miramón, recibí de Jecker la suma de seiscientos cincuenta mil pesos en metálico, y en cambio le entregó al mismo Jecker bonos del Tesoro por catorce millones de duros que debían ser pagados por las aduanas marítimas. Este contrato leonino y escandaloso, causó un descontento general en el país, y es seguro que no será aceptado, ni por el gobierno de Juárez, ni por otro alguno que entre á regir los destinos de México.”

Pasó este desagradable incidente y siguieron otros muchos, pero á todos encontraba modo el general Prim, modo de darles, al menos por el pronto, una solución pacífica.

Acampadas las tropas extranjeras en la zona de la costa, co-

menzaban á resentirse de la influencia del clima, y se resolvieron á significar al gobierno de México que necesitaban avanzar á las tierras salubres y templadas.

La respuesta de Doblado fué como si tuviese, no treinta, sino cien mil hombres. Dijo en sustancia á los comisarios reales, que sin saber expresamente el objeto de la venida de las tropas no podía el gobierno consentir en que avanzasen.

Cólera terrible de Saligny que quería avanzar inmediatamente; reflexión y calma de parte del jefe español.

Este incidente ocasionó el que el general Prim, con poderes de los demás, tuviese una entrevista con Doblado, á quien á cada momento es necesario mencionar y del que diré cuatro palabras.

Era de baja estatura, de cara redonda, de ojillos verdes muy indagadores y maliciosos, de clarísimo talento y rápida concepción, poca instrucción y lectura, violento de carácter, sin admitir dominio y supremacía cuando él mandaba, de mucho valor moral, sin que tampoco le faltase el valor personal. Como entre los romanos, era al mismo tiempo general, orador en la tribuna, licenciado en Derecho y diplomático en el gabinete; sobre todo resuelto, audaz y afortunado. Liberal de ideas, no había, sin embargo, aceptado la Reforma en su última expresión; los regimientos que había formado en Guanajuato tenían su capellán, y él mismo, con escándalo de los radicales, los conducía á la misa. Creía que se podía muy bien ser demócrata y católico, y en el porte de su persona y en el lujo de su casa y en sus relaciones con los más ricos mineros y con los restos de la nobleza antigua, era más bien aristócrata. Con todo y este conjunto contradictorio, como partidario era enemigo jurado y terrible de los monarquistas, y el Estado de Guanajuato, donde era gobernador, estaba libre de bandidos y de revolucionarios. El que caía en sus manos lo mandaba fusilar irremisiblemente.

Cuando llegó á la capital, precedido de cuatro hermosos regimientos bien vestidos y disciplinados, se hizo cargo de la Se-

cretaría de Estado y comenzó á dictar medidas enérgicas, infundió nueva vida y vigor no sólo al gobierno sino á la población entera. Se olvidaron sus defectos y no se pensó sino en ayudarle; otros por temor ó por consideraciones personales se le sometieron también.

Así como Saligny fué repelente para el jefe español, Doblado le fué simpático; pronto se entendieron, y en 19 de Febrero de 1862 firmaron en el pueblo de la Soledad, distante catorce leguas de Veracruz, unos convenios que fueron á justo título considerados como los preliminares de una paz honrosa.

Juárez, ese ogro, según el caduco historiador Cantú, que se comía á los niños crudos y que regateó como el judío de Shakespeare la carne y la sangre de Maximiliano, tuvo un día de regocijo y comunicó los convenios á los gobernadores, anunciándoles que la paz vendría dentro de pocos días á visitar el país de donde tantos años había estado ausente. Todo se le debía al general Prim.

XI

Poco duró el gozo. Saligny triunfaba, los acontecimientos se precipitaron.

El general Laurencez, con un brillante Estado Mayor, é investido con el mando de las tropas francesas, llegó á Veracruz con un vapor de guerra. A los pocos días nuevos barcos y más tropas francesas. Almonte, Haro y el Padre Miranda, personas notables del partido monarquista, desembarcaron también. Esto determinó la crisis.

El gobierno de Juárez, sin retroceder un momento del sistema de energía que se había propuesto, pidió á los Comisarios el reembarque de esos personajes que consideraba que venían á fomentar la guerra civil del país y á causar nuevos trastornos. Sir Charles y el general Prim opinaron por el reembarque; Saligny y el almirante La Graviere en contra. Almonte, quedó,

pues, bajo la protección de las tropas francesas y con el carácter de agente ó comisionado especial del emperador Napoleón.

No hubo ya duda. La Inglaterra y la España especialmente, eran víctimas de una especie de mistificación. Los convenios de la Soledad se habían reprobado en París, el vice-almirante La Graviere quedaba destituido del mando militar y el conde de Saligny investido de los más amplios poderes y único representante del Emperador.

Los monarquistas mexicanos, renegando del tradicionalismo español representado en México por la dinastía de Borbón desde el tiempo de Felipe V, se habían aprovechado hábilmente de los sucesos y buscado un príncipe de la casa de Hapsburg; los créditos de la convención española quedaban despreciados y nulificados ante los bonos de Jecker; el futuro soberano de México había aceptado la corona y se disponía á venir; Almonte se lo había comunicado al general Prim, que ya lo sabía por los despachos oficiales de Calderón Collantes; la política napoleónica había cambiado totalmente sin el acuerdo de las dos potencias aliadas; el gobierno constitucional de México iba á ser derrocado y sustituido por otro, contra lo que expresa y terminantemente había ofrecido el general Prim bajo su firma y su palabra de soldado. ¿La España iba á dar la sangre de sus hijos y á gastar millones de reales para que Saligny se casase con una rica, para que Jecker fuese pagado de sus quince millones, para que un partido mexicano subiese al poder, para que Almonte fuese un par de meses presidente, y un príncipe de una dinastía extranjera se coronase y gobernase la colonia que había sido la joya predilecta de la corona española?....

El general Prim no lo permitió.

Renunciando á toda gloria militar, sin temer las responsabilidades, sin cuidarse de lo que dirían sus enemigos, ni de las Cámaras españolas, ni de la prensa, ni de cómo juzgaría su conducta el emperador Napoleón, que era su amigo, contra la opinión de toda la Europa, sin consultar, ni menos esperar la re-

solución del ministerio, tomó la heroica resolución de un hombre honrado: abandonó el campo y la temeraria aventura á los franceses y despachó á la Habana á sus tropas.

Hernán Cortés no esperó las órdenes de Carlos V para quemar las naves y conquistarle un imperio.

El conde de Reus no esperó tampoco las órdenes de Isabel II para retirar las naves y ahorrar á España la sangre de ocho ó diez mil soldados y el gasto de ochenta ó cien millones de pesos, y sobre todo el inmenso ridículo de batirse con los mexicanos por el casamiento del conde de Saligny y por la reclamación de Jecker.

Todo el mundo conoce la valiente hazaña de Hernán Cortés. Pocos conocen la heroica retirada del Conde de Reus.

XII

El general español dejó el campo libre á los franceses. Saligny triunfaba y su Emperador le dispensó cuanta suma de confianza y de poder puede dar un soberano á un embajador. Fué el árbitro de los destinos de México y sus incansables trabajos le dieron el resultado. Pasemos sobre los sucesos de poca importancia y reasumamos:

El conde Dubois de Saligny, con su política y en verdad con la fuerza de su carácter, logró disgustar al general español y hacer que él y sus tropas saliesen del territorio mexicano.

El conde de Saligny condujo, al fin, triunfantes las águilas del imperio á la capital del legendario imperio de Moctezuma.

El conde de Saligny devolvió á Jecker su fortuna é hizo valer su reclamación, sin cuidarse de los créditos españoles ni ingleses.

El conde de Saligny dió el triunfo al partido monarquista y sentó en el trono al príncipe católico buscado y encontrado al cabo de veinte años por Gutiérrez Estrada.

El conde de Saligny arrojó hasta las fronteras á ese temible Juárez, enemigo de la Francia y del Emperador.

Para colmo de dicha y para que nada le faltara se casó con una mexicana muy rica de una antigua y distinguida familia del Estado de Puebla.

El hombre más estudioso podría dedicarse años á leer la historia diplomática y la biografía de los hombres de Estado más notables y no encontraría un triunfo tan completo, una gloria tan espléndida como la del conde Dubois de Saligny. Un verdadero fenómeno de fortuna, de talento y de habilidad diplomática.

EL REVERSO DE LA MEDALLA. — FIN DEL DRAMA.

XIII

Para verdades el tiempo
y para justicia Dios.

En las historias que yo he leído en francés y en castellano, referentes á esa época, no sólo no están referidos los bellos rasgos del carácter del general Prim, sino que la crítica injusta y aun el espíritu de partido entran por mucho en el juicio de la conducta que observó en los momentos difíciles en que desempeñaba el importante papel que le había confiado la Reina de España.

El Emperador Napoleón, M. Thouvenel, Drouyn de Luys, Billaut, el Duque de Morny, Salamanca, Mon, Calderón Collantes, Pacheco, Gutiérrez Estrada, Almonte, Saligny, Jurien de la Graviere, en una palabra, los hombres de Estado y los diplomáticos más remarcables de esa época, juzgaron la cuestión mexicana bajo diferentes aspectos, y todos, según sus afecciones, opiniones ó intereses, estaban seguros de un grandioso desenlace. El general Prim la veía de una manera distinta. Sin exageración, él solo luchaba resueltamente contra la opinión de toda la Europa.

El conde de Saligny arrojó hasta las fronteras á ese temible Juárez, enemigo de la Francia y del Emperador.

Para colmo de dicha y para que nada le faltara se casó con una mexicana muy rica de una antigua y distinguida familia del Estado de Puebla.

El hombre más estudioso podría dedicarse años á leer la historia diplomática y la biografía de los hombres de Estado más notables y no encontraría un triunfo tan completo, una gloria tan espléndida como la del conde Dubois de Saligny. Un verdadero fenómeno de fortuna, de talento y de habilidad diplomática.

EL REVERSO DE LA MEDALLA. — FIN DEL DRAMA.

XIII

Para verdades el tiempo
y para justicia Dios.

En las historias que yo he leído en francés y en castellano, referentes á esa época, no sólo no están referidos los bellos rasgos del carácter del general Prim, sino que la crítica injusta y aun el espíritu de partido entran por mucho en el juicio de la conducta que observó en los momentos difíciles en que desempeñaba el importante papel que le había confiado la Reina de España.

El Emperador Napoleón, M. Thouvenel, Drouyn de Luys, Billaut, el Duque de Morny, Salamanca, Mon, Calderón Collantes, Pacheco, Gutiérrez Estrada, Almonte, Saligny, Jurien de la Graviere, en una palabra, los hombres de Estado y los diplomáticos más remarcables de esa época, juzgaron la cuestión mexicana bajo diferentes aspectos, y todos, según sus afecciones, opiniones ó intereses, estaban seguros de un grandioso desenlace. El general Prim la veía de una manera distinta. Sin exageración, él solo luchaba resueltamente contra la opinión de toda la Europa.

Por fortuna escribió dos cartas, una al emperador Napoleón y otra á Don José Salamanca, que son hoy el pedestal de la grande y silenciosa estatua del Parque de Barcelona.¹

Escritas con sencillez, con verdad, con naturalidad, sin pretensiones, están como impregnadas del antiguo espíritu profético. Como en un espejo veía claro y distinto el porvenir.

El 6 de Abril de 1862 escribió al Señor Salamanca desde Orizaba:

“Que el Emperador no conozca la verdadera situación de este país, no es del todo extraño, máxime cuando forma su juicio por las apreciaciones de M. de Saligny; pero que éste, que está sobre el terreno, que ha vivido largo tiempo en México y que no es nada tonto, comprometa, como lo hace, el decoro, la dignidad y hasta el honor de las armas francesas, no lo comprendo, no lo puedo comprender, porque las fuerzas que están aquí, bajo las órdenes del general, Laurencez, no bastan para tomar siquiera á Puebla, no, no, no.”

El general Laurencez, con cinco mil quinientos hombres y dejando una corta guarnición en Veracruz y ocupada Córdoba con trescientos ó cuatrocientos hombres á las órdenes del general Taboada, marchó con dirección á Puebla. El 28 de Abril tuvo un encuentro con las fuerzas del general liberal Zaragoza en las cumbres de Aculeingo, el que no queriendo comprometer un lance decisivo se retiró á Puebla.

Laurencez creyó que había obtenido una espléndida victoria y dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

¹ El 18 de Mayo, mi amigo el señor Don Juan Antonio López de Ceballos, escribía al Secretario de Estado de la reina Isabel entre otras cosas: “He hallado (en México) á la mayoría de los súbditos españoles irritados hasta la exasperación por la conducta seguida por el Conde de Reus desde su llegada y por la retirada de las fuerzas españolas. He hecho los mayores esfuerzos para convencerlos de que deben suspender su juicios.” ¿Qué dirán hoy esos españoles?

“Soldados y marinos: en el combate de las Cumbres, los ecos de las montañas de las cordilleras han resonado con el ruido de vuestras armas victoriosas: el cañón de los Inválidos responderá en Francia dentro de un mes, vuestros compatriotas hablarán de vosotros con orgullo y el Emperador os felicitará.”

Todos veían las cosas color de rosa. Sólo el general Prim veía negro.

El 4 de Mayo, Laurencez llegó ante las fortificaciones de Puebla. Fuerzas reaccionarias lo ayudaban por las cercanías de la ciudad, distrayendo la atención del gobierno, que tenía que hacer frente á la invasión extranjera y á los enemigos interiores.

El 5 atacó por tres veces, furiosamente, las fortificaciones de Guadalupe y Loreto, y tal como lo había pronosticado el general Prim, fué derrotado y se retiró á Orizaba. Perdió cosa de treinta oficiales y quinientos soldados heridos ó muertos valerosamente al pie de las fortificaciones.

Ya se deja entender que el cañón de los Inválidos no respondió, y en vez de felicitaciones el Emperador destituyó del mando al conde de Laurencez y lo hundió para siempre en el olvido y en la desgracia.

En la misma carta continuaba diciendo al señor Salamanca:

“Cuidado que yo no niego que las tropas francesas llegasen á apoderarse de Puebla, y también de México; lo que *si niego resueltamente* es que basten los batallones que hoy tiene el conde de Laurencez. Las águilas imperiales se plantarán en la ciudad de Moctezuma cuando vengan á sostenerlas veinte mil hombres más, ¿Lo oye usted bien? Veinte mil hombres más.”

Después de la derrota de Laurencez vinieron nuevos barcos de guerra con tropas á las órdenes de los generales Douai y Bazaine, y finalmente, el mariscal Forey llegó á Veracruz el 21 de Septiembre y se hizo cargo del mando del ejército expedicionario.

Hasta el 3 de Febrero de 1863 se comenzaron á mover las tropas francesas de las posiciones que ocupaban en Orizaba.

El 16 de Marzo llegó el mariscal Forey delante de la ciudad de Puebla, no sólo como lo había indicado en su carta el general Prim, con veinte mil hombres, cincuenta cañones rayados y cuatro morteros, sino además con las diversas partidas de reaccionarios que ascendían á seis ú ocho mil hombres. Según la declaración de un sargento del 18º batallón de Vincennes, el ejército se componía en total de treinta mil hombres. Con todo y los treinta mil hombres, no fué cosa tan sencilla apoderarse de la ciudad. Estableció un sitio en toda regla, los asaltos á los fuertes fueron rechazados, y los franceses tuvieron que combatir día y noche, batirse cuerpo á cuerpo en las calles, en las plazas, dentro de las casas mismas, hasta que al cabo de sesenta y dos días la plaza, escasa ya de municiones y sin víveres, se entregó al mariscal francés. No hubo capitulación. Se rompieron las armas, se inutilizaron los cañones, la tropa se dispersó y los jefes y oficiales quedaron á disposición del vencedor. Algunos generales como Porfirio Díaz, Riva Palacios, Berriozábal y otros, salieron de la plaza con algunas fuerzas y se dirigieron á Mexico á reunirse con las pocas tropas que allí había y continuar la campaña, sin desanimarse, ni abatirse un solo momento.

En la misma carta continuaba diciendo al señor Salamaca:

“Admitamos que á fuerza de hombres y de millones llegasen los franceses á México; repito que no lo dudo, pero ¿y qué habrán conseguido con ésto? ¿Cree ud. que crearán la monarquía con visos de estabilidad? *Imposible, tres y diez y cien veces imposible.* ¿Podrán á lo menos crear un gobierno estable bajo la *Presidencia de Almonte?* Tampoco, la gran mayoría del país la inmensa mayoría, digo, es liberal, y todo lo que sea fundar un gobierno contra el sentimiento público, es *un sueño, una quimera.*”

En la carta que escribió al emperador Napoleón III desde Orizaba con fecha 17 de Marzo,¹ después de manifestarle que

¹ Tanto la carta dirigida al señor Salamanca como la del Emperador, y de las cuales se copian literalmente los párrafos, se encuentran en la obra titulada *Cuatro años en México*, por el notable escritor Don Ramón Elices Montes, el cual al hablar del general Prim le hace la debida justicia

Almonte y Haro le habían contado el propósito de crear una monarquía con el archiduque Maximiliano, le decía:

“Además tengo la profunda convicción, señor, de que en este país son muy pocos los hombres de sentimientos monárquicos y es lógico que así sea cuando no conocieron nunca la monarquía en las personas de los monarcas de España, y si sólo en la de los virreyes que gobernaron cada uno según su mejor ó peor criterio y propias luces, y todos según las costumbres y modos de gobernar á los pueblos de aquella época remota. La monarquía no dejó en este suelo, ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa, cuando al impulso de los huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos, ni dejó intereses morales, ni dejó nada que pueda hacer desear á la generación actual el establecimiento de la monarquía que no conoció y que nadie, ni nada, le han enseñado á querer y venerar.

“La vecindad con los Estados Unidos del Norte y el lenguaje siempre severo de aquellos republicanos contra la institución monárquica, han contribuido á crear aquí un verdadero odio á la monarquía, al paso que la instalación de la República desde hace cuarenta años, á pesar de su desorden y agitación constantes, han creado hábitos, costumbres y hasta cierto lenguaje republicano que no será fácil destruir.”

El Emperador no le dió ninguna importancia á esta carta y continuó la política inaugurada por Saligny al romperse los convenios de la Soledad.

En la carta al señor Salamanca hay dos párrafos relativos á M. de Saligny que dicen así:

“¡Qué fatal va á ser este hombre para el Emperador y para la Francia! Yo no soy francés y, sin embargo, no perdonaré jamás á este hombre los males que va á causar á mis buenos camaradas.

“Los franceses partidarios de la torcida política planteada por M. de Saligny se desatarán contra mí, pero la Francia, la

noble y generosa Francia, cuando conozca la verdad de los hechos, deplorará lo sucedido, como lo deploro yo, pero no me culpará."

El párrafo más notable por su naturalidad y sencillez al mismo tiempo que por su firme convicción, es el siguiente:

"Las simpatías que vd. tiene por todo lo francés, le decía á Salamanca, harán que vd. no dé crédito á mis pronósticos. Le estoy viendo á vd. sonreirse incrédulo y diciendo: "*Mi amigo Don Juan exagera, voy á guardar esta carta para probarle en su día que se equivocó, que no vió claro y que mejor hubiera hecho en marchar adelante con los franceses.*" Bueno, guarde vd. esta carta y en su día hablaremos."

Curioso es hoy el análisis de estas cosas trascendentales y por lo que se debe á la verdad y á la historia de España y de México, ligadas en este triste episodio, no llevarán á mal los españoles, y con especialidad los catalanes, que haya ocupado estas páginas que en resumen serán una pequeña contribución para la biografía de este insigne catalán. Veamos como continuaron cumpliéndose al pie de la letra sus pronósticos.

Los franceses llegaron, en efecto, á la capital. El mariscal Forey la ocupó el 11 de Junio de 1863, pero exactamente á costa de *hombres y de millones*. A esa fecha había enviado el Emperador cosa de treinta y cinco mil soldados, cantidades inmensas de material de guerra, víveres, carros, caballos y artillería. Al salir el Archiduque de Europa fué necesario que Napoleón le proporcionase quince millones de Francos en oro, y se habían gastado además tantos millones, que agotado el dinero de los banqueros de México, que habían dado todo el que tenían en efectivo en cambio de letras sobre París, tuvo que salir Don Nathaniel Davidson, agente de la casa de Rostchild, á traer de la Habana tres millones en onzas de oro.

Desde la llegada de Laurencez á Veraacruz hasta que las águi-

las francesas entraron á México, seguramente se habrían ya consumido como trescientos millones de francos y perecido de fiebre, de disenterías, de insolación y de balas mexicanas, cosa de dos mil á dos mil quinientos soldados franceses.

¡Por once mil pesos que era lo que debía México á la convención francesa!

Habiendo aceptado el desgraciado príncipe de la casa de Hapsburg la corona que le ofreció Gutiérrez Estrada y socios, llegó á México en 12 de Junio de 1864 y comenzó á gobernar; pero no habiendo querido ni podido derogar las leyes de Reforma de Juárez, ni devuelto sus bienes al clero, comenzó á enajenarse la voluntad de los que con tanto entusiasmo lo habían ido á sacar de la deliciosa tranquilidad de su castillo de Miramar.

A los dos años no tenía Maximiliano ni dinero con que vivir, ni partidarios, y su situación era tan grave que la princesa Carlota salió repentina y ocultamente de México, se embarcó en Veracruz en un vapor correo el 8 de Julio de 1866, y el 10 del mes siguiente entraba al palacio de Saint Cloud.

El Emperador, que había reflexionado, aunque tarde, y que es seguro que recordaba ó tenía quizá en su bufete la carta del general Prim, significó á Carlota que estaba decidido á retirar el ejército de México, y que habiendo ya la Francia gastado muchos millones estaba resuelto á no dar un centavo más.

La infortunada princesa abandonó con la muerte en el alma el palacio que cuatro años después fué reducido á cenizas por la Comuna, y no sabiendo qué hacer, ni dónde ir, ni materialmente dónde reclinar su cabeza, fué á dar con el Santo Padre al Vaticano, como queriendo que el Soberano de los católicos la auxiliase ó siquiera mitigase su angustia. Golpe tan terrible fué superior á sus fuerzas; su razón se extravió, y gravemente enferma fue conducida al palacio de Laeken, cerca de Bruselas, al lado de su desolada familia.

El 5 de Febrero de 1867 comenzaron á salir de la capital de México las fuerzas francesas, *sin haber conseguido nada, sin*

haber podido sistemar la monarquía, y se conocía sobradamente lo funesto que había sido á la Francia la política de M. de Saligny. El 8 de Marzo despachadas ya la mayor parte de las tropas, se embarcó en el navío *Soberano* el Mariscal Bazaine para irse á perder tres años después en la plaza de Metz.

“Fácil le será á V. M. (decía el general Prim á Napoleón III en su carta citada de 17 de Marzo de 1862), conducir al príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo rey, pero este rey no encontrará en el país más apoyo que el de los jefes conservadores, quienes no pensaron en establecer la monarquía cuando estuvieron en el poder y piensan en ello hoy que están dispersos, vencidos y emigrados. Algunos hombres ricos admitirán también al monarca extranjero, viniendo fortalecido por los soldados de V. M., pero no harán nada para sostenerlo el día en que este apoyo llegara á faltarle y el monarca caería entonces del trono elevado por V. M., como otros poderosos de la tierra caerían el día que el manto imperial de V. M. dejase de cubrirlos.”

El 22 de Octubre el archiduque Maximiliano marchó á Orizaba, con el propósito decidido de embarcarse en la fragata *Dándolo* que lo esperaba y tenía hasta sus calderas encendidas; pero estaba escrito, como dicen los musulmanes, no se embarcó, y se fué á encerrar á Querétaro.

El mariscal Bazaine, al marcharse, se había llevado el pedazo de manto imperial que cubría la monarquía mexicana, y el 19 de Junio de 1867, el abandonado príncipe de la antigua casa de Hapsburg-Lorena fué fusilado en Querétaro.

La monarquía extranjera con un príncipe católico duró tres años. *Un verdadero sueño, una quimera.*

Los vaticinios y los sombríos presentimientos del Conde de Reus, se habían cumplido, uno á uno, y al pie de la letra.

Con motivo de una comisión que me confirió el gobierno, tuve ocasión de examinar las cuentas y balances originales del Conde de Germiny, que era el banquero de México en esa época.

Las operaciones financieras que se hicieron en París en los años de 1864 á 1866 importaron la enorme suma de mil ciento cincuenta y ocho millones doscientos ochenta y dos mil quinientos cuarenta y nueve francos, y esta suma, al 6 por ciento de interés anual, debía ser pagada por México. Los réditos de esa deuda, añadidos á los de las convenciones española é inglesa y tenedores de bonos de Londres, importaban cerca de catorce millones anuales. Las rentas totales de México en esa época no llegaban á dieciseis millones. La existencia de la monarquía de Maximiliano era de todo punto imposible. Los diversos esfuerzos de los acreedores que habían contribuído á crear esa situación les salieron contraproducentes.

Pues bien, toda esa enorme suma quedó á cargo de la Francia, pues cuando se reanudaron las relaciones entre México y Francia, quedó México libre de esta deuda y de cualquiera otra reclamación francesa. Si se agregan los gastos hechos hasta el año de 1867, en que terminó la desocupación, y lo pagado por cuenta de la reclamación de Jecker, no será exagerado calcular que esta extraña guerra costó á la Francia mil quinientos millones de francos.

Por lo que gastó Francia en tan deplorable aventura se puede calcular lo que hubiese costado á España y el eminente servicio que prestó á su país y á México el general Prim, evitando una lucha inútil, insana y fratricida y reconciliando de una manera sólida y durable á la antigua colonia independiente con la madre patria.

Con la simple referencia de los hechos y las irrecusables pruebas que el tiempo se ha encargado de ministrar, se enaltecen las nobles prendas de este intrépido soldado, de este hombre remarcable, vencedor de los moros, amigo de los reyes *Kings' Maker*, como el conde de Warwick, pero sobre todo alma gran-

de y honrada, que muy superior á las influencias de la época, cumplió con la justicia y con el deber, sin desvanecerse ni dejarse deslumbrar por el engañoso brillo de una pasajera gloria.

XIV

El fin de un millonario.

Quince ó diez y seis millones de francos se pagaron á Jecker á cuenta de su reclamación, dinero que en definitiva salió del tesoro francés. Los acreedores de México recibieron un 50 por 100, y el banquero, personalmente reducido á escasísimos recursos, se marchó á París para agenciar el pago total y liquidar sus cuentas, pero las cosas habían cambiado mucho. El Emperador, aunque tarde, había reflexionado, y su política se cifraba entonces en terminar de cualquier manera, de modo que no volviese á oír el nombre de México, que por otro aspecto le causaba horror.

Pasaban días, semanas y meses y Jecker no adelantaba un paso en su liquidación. En esto vino la guerra alemana y la Comuna. Jecker lo que puede llamarse pobre, pasó como pudo, días amargos, ocultándose en una y otra parte, hasta que urgido por la necesidad y creyendo que las pasiones habían calmado un poco, intentó salir de París fiado también en que si su nombre había hecho mucho ruido, su persona no podría ser fácilmente reconocida. Para poder pasar las fortificaciones era necesario un pasaporte; él tenía uno con la filiación exacta, pero con nombre supuesto. Con la más grande confianza se dirigió al puesto de policía para que el documento fuese visado. No hubo dificultad, y se retiraba con dirección á la estación del camino de hierro, cuando fué llamado. Alguno de los comuneros lo conoció ó malició algo, lo registraron y encontraron que tenía en el bolsillo otro pasaporte con su verdadero nombre. Interrogado, dijo la verdad, é inútil hubiese sido lo contrario; lo

metieron á un cuarto donde estaban algunas otras personas que habían sido reducidas á prisión. Al cabo de tres ó cuatro horas se presentó un pelotón de voluntarios que se apoderaron de él. Con el vértigo de la muerte murmuró algunas palabras; después con cierta energía, pidió al oficial que lo condujesen ante uno de los jefes caracterizados para darle explicaciones, pero no le hicieron caso y apenas le dieron tiempo para que se pusiese un sobretodo gris perla, pues había comenzado á caer una fuerte nevada. Caminaron así calles y callejuelas llenas de fango, hasta que fueron á dar á la esquina de Haxó y Puebla, seguramente era la calle de Puebla la que buscaban para la ejecución, como desquite de la derrota de Laurencez y de la sangre francesa derramada ante las inexpugnables fortificaciones donde se estrellaron los valientes batallones de zuavos.

La nieve caía más espesa, la tarde declinaba, y las sombras invadían esas angostas y tristes calles que parecían abandonadas por los habitantes. El desventurado banquero volvía la vista á todas partes; ni una alma que lo pudiese amparar; apenas había uno que otro ojo indiscreto que detrás de una persiana contemplase esta aterradora y lúgubre escena.

El pelotón hizo alto; el que lo mandaba colocó á Jecker de espaldas contra la esquina; otro le sumió el sombrero hasta los ojos, y siguió una descarga de quién sabe cuántos balazos. Jecker cayó en un charco de sangre y de lodo. El oficial dió las órdenes de mando y el pelotón se retiró; la nieve, más espesa, cubría el suelo y oscurecía la atmósfera y el silencio de la noche, negra y fría, apenas fué turbado en esas sombrías calles por los últimos quejidos del desventurado banquero.

XV

Así pasan las glorias de este mundo.

Resultado final para Francia de esta guerra insensata de cinco años:

Diez mil franceses sacrificados inútilmente.
Mil y quinientos millones de francos gastados.
Una princesa completamente loca.

El príncipe, que hoy sería el heredero de la corona de Austria, fusilado en Querétaro.

El banquero Jecker matado en París.

La inmensa gloria, fruto de los trabajos y de la habilidad diplomática del conde de Saligny, desvanecida entre el humo y la sangre.

Si el Emperador hubiese escuchado los consejos del Conde de Reus, nada de esto habría sucedido; pero desde luego *estaba escrito*.

En el fondo oscuro del olvido á que fué relegado por el Emperador, el conde de Saligny habrá debido contemplar con rabia á Juárez entrando triunfante en la capital, después de una larga y peligrosa peregrinación; la Reforma consumada; á los que él había condenado á muerte como bandidos, gobernando el país, y á México en paz, arreglando pacíficamente sus negocios y pagando sus deudas sin necesidad de cañones ni de tropas. Más de una vez ha de haber escuchado la voz del general Prim, recordando sus predicciones, ó quizá ha muerto creyéndose rodeado todavía de su gloria y pensando que la realidad no era más que una horrible y continuada pesadilla.

XVI

Un cementerio.

Viene el invierno con sus nieblas blancas y sus neblinas pardas, sigue la primavera con sus hojas verdes y sus frescas flores, y así pasan unos tras otros los años dejando perpétuas las tristezas en el corazón.

Cuando uno se detiene en el fatigoso camino de la vida y echa una mirada á su derredor, no encuentra más que sombras fugitivas, sepulcros que se abren, esqueletos silenciosos.

Amigos y enemigos han ido descendiendo de su pedestal y entrando uno á uno por esa puerta misteriosa de la eternidad, encima de la cual hay escrita una palabra más fatídica que las del Dante: *Duda*.

¿Por qué fuí á recordar en medio del bullicio de una fiesta á la bella Rosa y al intrépido brigadier.... desaparecidos.... dónde, cómo? No sé.

Un día, y cuando se levantaba la estrella de su gloria, ví al terrible enemigo de Juárez. Era en los mágicos jardines de Saint-Cloud; estaba acompañado de Don Salvador Bermúdez de Castro, del marqués de Valdegamas y de la hermosa princesa Matilde. De grande y fuerte busto, piernas pequeñas y débiles, que parecían no poderle sostener, por lo demás semejante á los retratos que sólo carecen del brillo y movimiento expresivo que tenían sus pequeños ojos claros...

Después, Saint-Cloud, reducido á cenizas; el Emperador prisionero, á poco tiempo muerto.

Precedido de un *chasseur*, rodeado de sus ayudantes, en un caballo árabe y seguido de un escuadrón de cazadores de Africa, ví al mariscal Bazaine atravesar la ancha plaza y entrar orgulloso en el antiguo palacio de los Virreyes. Después, preso, condenado á muerte, prófugo, muerto, en fin, en Madrid en la oscuridad y en la pobreza...

Parece que el prólogo de la mayor catástrofe del siglo XIX fué la guerra de México.

La noticia de la muerte de Maximiliano cayó en París como si hubiera sido una lluvia de sangre en medio de los regocijos de una Exposición. En ese momento se empañó el brillo de la estrella del Emperador y continuó su rápido descenso hasta Sedán.

1020002863

Al enviar estas hojas á la imprenta recibo el correo y leo en el *Figaro*:

“La viuda del Mariscal Prim ha muerto ayer en Madrid. Hacía dos años que vivía absolutamente aislada. Desde la muerte del Mariscal, esta mujer, cuyas virtudes son célebres en España, estaba agobiada por el pesar.”

Al día siguiente *Mondragón*, ese inteligente corresponsal que oculta su nombre con el seudónimo, escribía al *Figaro*:

“Doña Francisca Agüero, duquesa de Prim, ha fallecido anteayer (13 de Febrero) en Madrid, después de tres años de crueles sufrimientos. Digo tres años, y me equivoco, son más bien veinte años de una muerte á fuego lento. La duquesa ha sucumbido por el pesar, y todo el mundo lo sabe en España. Desde el asesinato del general Prim, esta señora, cuya vida no ha sido sino una consagración constante á todas sus grandes afeciones, no vivía sino para llorar al marido á quien idolatró.”

¿Qué puedo añadir? En los espacios infinitos, más allá del Hércules y del Orión, debe haber un lugar mejor que esta tierra, donde descansen en paz las almas santas después de su fugitiva peregrinación. *Ella era dulce, sencilla y al mismo tiempo gran señora.*

Allí debe estar tan distinguida mexicana, modelo de madres y ejemplo de esposas. . . .

CARTA DE DOÑA CARLOTA, EX-EMPERATRIZ DE MÉXICO.

Hija mía:

Perdóname que te llame hija, ya porque soy viuda, ya porque mis dolores me dan derecho de emplear contigo el sagrado nombre de madre.

Te ví en Italia cuando eras bella, joven y feliz; yo era también feliz y joven, aunque no bella como tú. Te ví otra vez, cuando eras dichosa, y yo muy desgraciada. Te escribo hoy para anunciarte que puede llegar día en que seamos desgraciadas las dos. Yo también fui reina, María Victoria! Yo también sonreí. . . . y me engañé! Sabes que he perdido el juicio; pero Dios que te ama tanto me envía esta hora de lucidez para que te diga la verdad; ya que tanto ambicioso, tanto adulator, tanto hombre indigno, tanta boca embustera, tanta lengua idiota y tanto corazón gangrenado te mentirán. ¡Yo he sido reina, duquesa de Aosta, y conozco el oficio! ¿Me entiendes? ¡Sí! ¿Me entiendes?

Ahora falta que tu corazón de mujer no te venda. Soy Carlota, la antigua emperatriz de México. ¿Me entiendes? ¡Sí! ¿Me entiendes. Ahora falta que tu corazón de mujer no te engañe. Tengo prisa de comunicarte mis temores, porque no sé el tiempo que la demencia me dejará libre. ¿Quién nos habla de decir lo que ha pasado, cuando nos vimos por primera vez en las arboledas de Frascati

Al enviar estas hojas á la imprenta recibo el correo y leo en el *Figaro*:

“La viuda del Mariscal Prim ha muerto ayer en Madrid. Hacía dos años que vivía absolutamente aislada. Desde la muerte del Mariscal, esta mujer, cuyas virtudes son célebres en España, estaba agobiada por el pesar.”

Al día siguiente *Mondragón*, ese inteligente corresponsal que oculta su nombre con el seudónimo, escribía al *Figaro*:

“Doña Francisca Agüero, duquesa de Prim, ha fallecido anteayer (13 de Febrero) en Madrid, después de tres años de crueles sufrimientos. Digo tres años, y me equivoco, son más bien veinte años de una muerte á fuego lento. La duquesa ha sucumbido por el pesar, y todo el mundo lo sabe en España. Desde el asesinato del general Prim, esta señora, cuya vida no ha sido sino una consagración constante á todas sus grandes afeciones, no vivía sino para llorar al marido á quien idolatró.”

¿Qué puedo añadir? En los espacios infinitos, más allá del Hércules y del Orión, debe haber un lugar mejor que esta tierra, donde descansen en paz las almas santas después de su fugitiva peregrinación. *Ella era dulce, sencilla y al mismo tiempo gran señora.*

Allí debe estar tan distinguida mexicana, modelo de madres y ejemplo de esposas. . . .

CARTA DE DOÑA CARLOTA, EX-EMPERATRIZ DE MÉXICO.

Hija mía:

Perdóname que te llame hija, ya porque soy viuda, ya porque mis dolores me dan derecho de emplear contigo el sagrado nombre de madre.

Te vi en Italia cuando eras bella, joven y feliz; yo era también feliz y joven, aunque no bella como tú. Te vi otra vez, cuando eras dichosa, y yo muy desgraciada. Te escribo hoy para anunciarte que puede llegar día en que seamos desgraciadas las dos. Yo también fui reina, María Victoria! Yo también sonreí. . . . y me engañé! Sabes que he perdido el juicio; pero Dios que te ama tanto me envía esta hora de lucidez para que te diga la verdad; ya que tanto ambicioso, tanto adulator, tanto hombre indigno, tanta boca embustera, tanta lengua idiota y tanto corazón gangrenado te mentirán. ¡Yo he sido reina, duquesa de Aosta, y conozco el oficio! ¿Me entiendes? ¡Sí! ¿Me entiendes?

Ahora falta que tu corazón de mujer no te venda. Soy Carlota, la antigua emperatriz de México. ¿Me entiendes? ¡Sí! ¿Me entiendes. Ahora falta que tu corazón de mujer no te engañe. Tengo prisa de comunicarte mis temores, porque no sé el tiempo que la demencia me dejará libre. ¿Quién nos habla de decir lo que ha pasado, cuando nos vimos por primera vez en las arboledas de Frascati

y el Tívoli? ¿Te acuerdas de aquellas tardes apacibles? ¡Ay! María, oye con atención lo que mi desgracia va á señalarte y advierte que es la buena ventura, que te dice una infeliz que ha enloquecido de dolor.

Una comisión fué á Viena para ofrecer á mi marido la corona de México. Te hablo de una comisión. Maximiliano me llamó y me dijo: "Carlota, me ofrecen el imperio de un pueblo famoso de América ¿qué te parece? yo bajé los ojos y quedé pensativa. Maximiliano volvió á preguntarme "¿qué te parece?" Yo continuaba meditando y no le respondí. Mi esposo hizo ademán de abandonar el aposento; entonces comprendí que iba á desechar el imperio que venían á ofrecerle, y no sé qué lumbre interior quemó mi vida. "Espera," le dije; y Maximiliano volvió sonriéndose. ¿Qué significaba esa sonrisa? ¡Ay, María Victoria! Mi esposo sabía que yo era mujer, y que se trataba de una diadema. No quiero fingirte, ni engañarte. El resplandor de aquella corona cegó mi alma. Imaginábame ver el brillo de sus perlas, zafiros y brillantes; y en mi fantasía creí ver un pueblo que se arrodillaba en torno mío, besaba mis pies, se agolpaba para mirarme, se desvelaba por bendecirme y clamaba de alegría. ¡Ilusión tremenda, lisonja horrible! Sigue leyendo, amiga mía, y verás lo que aquella lisonja me costó. "Oye, Maximiliano," respondí á mi esposo: "no te digo que nó, pero tampoco te digo que sí." Mi marido entendió que yo le decía: "No te digo que sí, pero tampoco que nó;" y aquí debo confesarte que no se equivocaba. Maximiliano vió lo que significaba mi respuesta, y en sus ojos ardió una luz que no pude explicarme entonces; pero que el tiempo me explicó después. ¡María, ten cuidado contigo, con tu hijo y con el rey Amadeo! La ambición enciende en los ojos del hombre un reflejo diabólico, y convierte á un angel en demonio. El hombre que quiere ser rey, se torna en demonio. Los ojos de Maximiliano brillaron de una manera, que sentí miedo: Maximiliano era un demonio en aquel instante. "La comisión vendrá á las tres" me dijo; "tú la oirás; arréglate." Mi esposo comprendió que me había oído á mí misma, que había escuchado mi orgullo de mujer, y que no tenía necesidad de escuchar

á nadie. Si él hubiera escuchado mi vanidad es muy probable que yo no hubiera visto la comisión.

Dios te libre de los hombres que aspiran á ser reyes, una fiera es más razonable. La comisión tenía que venir á las tres y yo estaba arreglada desde las dos. Entonces no sabía ser reina. Un año después, otra comisión debía verme á la una y yo me arreglaba á las cuatro, había aprendido á ser emperatriz. Vuelvo á decirte que estaba arreglada desde las dos. ¿Lo oyes, María? Yo esperaba impaciente y sospechaba que la comisión se habría arrepentido.

Maximiliano me decía, mirando mis galas: "¡Wie schoen ist die Kaiserin von Mexico! "(¿Qué bella está la emperatriz de México!)"

Esta galantería de mi marido me causó dolor, porque imaginé que la comisión había tomado el camino de América. Tres criados anunciaron de improviso: "La serenísima comisión Mexicana." Yo sentí estremecimiento de placer. "Ya soy emperatriz," exclamé en el fondo de mi corazón, "ya soy augusta majestad imperial." ¡Oh! Tristes ilusiones, negras vanidades, desgarradores caprichos, terribles realidades de la conciencia. ¡Cuánto me costáis, cuán caro me salís.

Sigue leyendo, María Victoria, sigue:

La comisión se puso de rodillas y me besó la mano. ¡Era lo que yo quería, era lo que yo soñaba! Luego manifestó que el cielo nos había destinado para salvar á un pueblo célebre, el cual vivía en el fondo de la anarquía más desastrosa; Maximiliano me miró, como si quisiera decirme: "Ya-vez lo que aseguran ¿qué hemos de hacer?" Yo moví la cabeza, como si intentara responderle: "Es verdad."

La comisión habló después de la frondosidad del suelo, de la riqueza de los frutos, de la dulzura de las estaciones, de las galas del paisaje, donde la naturaleza era una eterna sonrisa.

Maximiliano me miraba, como si me dijera: "¿No vez?" Yo miraba á Maximiliano, como si contestara: "Es verdad." La comisión habló extensamente de las grandiosas vistas del Orizaba, de la diafanidad del espacio, de la extensión de los horizontes, de lo igual del cielo, de las salidas y de los ocasos del Sol, de las aves, etc.

Yo creía ver el color encendido de la aurora, el tinte pálido de las nubes que despiden al Sol en Occidente; me figuraba presenciar el dulce misterio de aquellos ocasos que presentaban á mi fantasía como plegarias de la tarde; percibir la melodía de aquellos pájaros, el aroma de aquellas flores, el murmullo de aquellos ríos, el suspiro de aquellos aires al través de las silenciosas espesuras de los bosques y de las selvas. En fin, María, creí ver la deidad de América en lo más florido y galano del orbe, entre las sonrisas de Dios.

Maximiliano volvía á mirarme, como si quisiera repetirme: “¿Ya vez?” Yo miraba á Maximiliano, como queriendo responderle: “Es verdad.”

Mi marido y yo nos quedamos solos. ¿Qué te han parecido los comisionados?” me preguntó. Yo le respondí: “Me han dejado verdaderamente complacida;” son caballeros muy cumplidos y muy corteses. “Te han besado la mano al entrar y al salir. Se conoce que es gente principal.” “Sí, sí,” dije yo: “debe ser gente principal.”

Sigue leyendo, duquesa de Aosta, reina electa de un pueblo famoso; ya verás en qué vino á parar tanta complacencia, tanta poesía. ¡Ay, mil veces aquellos hombres los comisionados, nos burlaban con mil mentiras, y decíamos con orgullo: “Se conoce que es gente principal.” Si nos hubieran dicho la verdad austera, la verdad honrada, si aquellos mendigos hubieran sido personas leales hubiéramos dicho con repugnancia: “Se conoce que es gente plebeya” . . .

Nos embarcamos, el vapor parte, y las playas de Europa van desapareciendo de nuestra vista, allí quedaban las cenizas de nuestros padres, los recuerdos de la patria que nos vió nacer de la que renegábamos, alucinados por las glorias desconocidas de nuestra patria adoptiva.

He dicho glorias desconocidas. No eran tales, María, si no ¡ay de mí! glorias criminales. Cuando observé que desaparecían las costas alemanas sentí una punzada en el corazón y ahí dió principio la calentura, que más tarde turbó mi mente, y principió este delirio que consume mis fuerzas, esta tisis horrible que devora mi vida. Hay dos clases de fiebres, María Victoria, la del cuerpo y la del espíritu: aquella mata, ésta enloquece. ¡Ten cuidado de tu esposo y de tí!

Cerca ya del anochecer del mismo día en que nos embarcamos, divisé en el horizonte un punto blanquecino, casi amarillo, que parecía moverse como si fuera una bruma del mar. Me acerqué á mi esposo y le dije: “¿Qué es aquel punto blanquecino y movedizo que se ve á lo lejos?” “Son las playas.” “¿Qué playas?” “Las del Adriático.” ¡Adios costas del Adriático! grité en mi conciencia, ¡adios arenas de mi patria, cuando vuelva á vosotros algún día me veréis vestida de luto! “¿Qué tienes, me preguntó Maximiliano?” “Nada,” le respondí. Yo también lo engañaba; todos lo engañábamos, incluso su mujer. ¡Oh esposo mío, sombra adorada de mi vida, hombre desgraciado, perdóname!

¿Extrañarás, María Victoria, que haya enloquecido? Sigue leyendo.

Empleamos en el viaje veintitrés días, tú no sabes lo que es vivir veintitrés días entre cielo y agua, día y noche, Sol y estrellas, cuando en la tierra nos está esperando una corona. Yo estaba tan celosa de mi diadema, tan enamorada de mi majestad imperial que cada ola me parecía un escollo en donde el buque iba á estrellarse. Maximiliano me miraba, como si quisiera decirme: “¿Llegaremos Carlota?” yo le miraba, como si quisiera decirle: “¿Llegaremos Maximiliano?”

¡Ay, amiga mía! ¿Por qué el mar no fué caritativo con nosotros? ¿Por qué no abría sus senos misteriosos á la nave que nos conducía?

Llegamos á México. ¡Cuánta gente! ¡Cuántas luminarias! ¡Cuántos vítores! ¡Cuántas flores en el camino y en las calles! ¡Cuántas colgaduras! ¡Cuántos himnos! ¡Cuántas alegrías! ¡Cuánto amor! Y sin embargo, horrorízate María Victoria, México nos odiaba. Fuimos recibidos como á los ángeles tutelares, como dos espíritus celestes, como dos semidioses; pero México nos aborreía.

Si alguna vez sales de Italia, si el resplandor de una corona te ciega los ojos y el corazón; no te fies en el número que rodea la portezuela de tu coche, no en la muchedumbre que obstruye tu paso, ni en los ojos que se agolpan á verte.

El pueblo ve á los reyes y á los emperadores como presencia un espectáculo teatral, una corrida de novillos, ó una colección de animales curiosos. El pueblo ve á los reyes como ve á los ajusticiados.

No fies tampoco en la sonrisa de los que el mundo llama grandes. ¡Si tú supieras cuán pequeños son! ¡Si los vieras en su tamaño natural desnudos de pompas como yo los he visto! Los cocodrilos y esos hombres son parecidos en que ambos buscan una presa para desgarrarla con sus dientes: aquéllos lloran para atraerla, éstos para entregarla. El cortesano ríe; el cocodrilo llora; pero cocodrilo y cortesano lloran y ríen para atraer y devorar.

No olvidaré nunca que un magnate de México cayó de rodillas á nuestros pies y besó la tierra que nosotros pisábamos. Aquel fué el primero que nos hizo traición, el que primero vendió á mi marido y el primero que conspiró, hasta que logró verlo fusilado. ¡Fusilado, María! ¿Oyes? Mi marido fué fusilado en suelo extranjero. ¿Lo has oído bien? ¡En suelo extranjero! El que más nos adula es el que primero nos engaña; el que más nos besa las manos, es el que primero nos entrega. ¡Yo sé lo que te digo! ¡Yo lo sé! ¡No dudes! ¡Ay de tí, si dudas! María, te ví en Frascati y en el Tivoli, cuando eras joven, bella y dichosa. Por tu dicha, por tu belleza, por tu juventud, no olvides las palabras de una amiga fiel, que no puede engañarte, porque es muy desgraciada, la más desgraciada que nació de madre alguna. Amaba á un hombre más que mi vida, y me lo asesinaron en México. ¡No; no! Los pueblos no asesinan. Lo asesinaron aquellos hombres que nos vinieron á buscar; los que se sonreían y nos besaban las manos y se arrastraban á nuestros pies. ¡María, cuida de tu esposo, de tu hijo, de tí! ¿Tienes conocimiento de que algunos llaman al duque de Aosta? ¡Hija mía, mucho cuidado! ¿Ves esos que lo llaman y humillan la cabeza y se arrojan? Pues esos, esos lo fusilarán. ¡Yo sé lo que te digo! ¡No dudes, María! ¡Colgaduras, himnos, luces! ¡Arcos de triunfo, vítores, flores, todo pasó! Llegaron noticias de la guerra, y mi marido me miró de un modo que yo no pude comprender.

Hay misterios que están en la profundidad de la vida, como los

abismos en las profundidades de la tierra, los volcanes en las profundidades de los abismos y ciertas penas en las profundidades del alma. Mi marido vió algún arcano, un arcano tremendo me miró y no me dijo ni palabra. ¿Qué había de decirme, si aquel arcano era su sentencia de muerte? El emperador llamó á un personaje del gobierno, y ambos se encerraron en una estancia. Escondida entre los cortinajes de una puerta, oí parte de lo que hablaron. Mi esposo dijo finalmente al personaje de aquel país: "Pero bien, ¿á cuántos será menester fusilar?" Bastarán ocho á nueve mil "contestó una voz trémula. ¡Nueve mil criaturas iban á ser sacrificadas, y lo fueron realmente! El personaje del gobierno desapareció y el Emperador quedó solo. Yo fui á buscarle. ¿Qué habeis tratado?" "Nada." Yo le miré de hito en hito por espacio de mucho tiempo. Maximiliano bajó los ojos y los clavó en el suelo.

¿Estrañarás amiga mía, que esta mujer haya perdido la razón? ¡Oh, María! Antes que mores en ciertos palacios, prefiere vivir en una cueva de gitanos, en una cabaña de pastores, en la choza de un pescador, en la choza, en la cabaña, en la cueva, puedes creer en Dios y esperar en la Providencia de este mundo; puedes amar á un hombre, á un padre, á un hijo. En ciertos palacios no cabe otra cosa que sospechar, aborrecer y maldecir.

La comisión dijo que México se encontraba en la más desastrosa anarquía. ¡Era falso, María! la anarquía estaba en la comisión y en los hombres que enviaba para perdernos; en algunos ambulantes políticos, pordioseros de ayer, hambrientos de siempre, metidos á señores y déspotas, sin saber ser ni señores ni déspotas; en algunos corazones henchidos, en algunas conciencias podridas; en unos cuantos miserables plebeyos, metidos de rondón á reyezuelos de sí mismos, los cuales se hacían los honores mandando tocar á su paso la marcha real, mientras que no saben llevar la corbata blanca; y sus trajes y vestidos huelen á legajos de procurador, á drogas de botica, á sala de hospitales, á rancho de cuartel, á cal y canto, á diccionario de Geografía, á mostrador de manteca de Flandes y á carne de puerco. En ellos está el desorden, la gula, la disolución, el latrocinio, la bancarrota, la apos-

tasía, la desvergüenza, el escarnio de toda idea moral, de todo sentimiento digno, de todo instinto honrado, de todo pudor. ¡Ay, María Victoria, tú no sabes lo que sucedió! Los comisionados venían en grandes buques, daban grandes banquetes, se les asignaron para su plato veinticinco duros; trajeron además cinco mil duros en pequeñas monedas de oro, para dar de comer á los pobres de otro país, haciéndose los opulentos y los grandes; pues en tanto que esto pasaba, poblaciones importantes de México se veían azotadas de la fiebre amarilla y de la miseria, y los maestros de la niñez se morían de hambre y los soldados corrían las aldeas matando á los hombres para robar los impuestos públicos. ¿No olvidas? La caballería invadida á los pueblos, arrancando á tirones, girones y lágrimas, como en los tiempos de la barbarie, como en los tiempos de Moctezuma. Ahí tienes la anarquía en cuyo negro fondo agonizaba México. ¡Ah malditos! ¿Por qué os creímos, en lugar de entregaros á la justicia, como los primeros bandidos de América? ¡Ay, si otra vez sucediese! Mi querida amiga si en estos instantes se hiciese la anatomía de mi cuerpo verías que mis entrañas están secas. ¡Cuánto he llorado! ¡Cuánto he padecido! ¡María, aprende á mí! Cierra tus oídos y tu cerebro á las falsedades de esos señores de Carnaval.

Maximiliano se acostó; pero no dormía. Yo no quise acostarme, sentada en una silla de brazos, recliné la cabeza sobre las almohadas de mi lecho, y apenas hube cerrado los ojos, cuando de mi espíritu se apoderó una pesadilla que no quisiera recordar. ¡Cuánto debes agradecerme este sacrificio de mi conciencia, María Victoria! ¡Estoy desgarrando mis heridas, mi corazón, mi alma! En el delirio de aquella pesadilla creí oír muchos disparos entre los lamentos y gemidos de las nueve mil criaturas sacrificadas. Creí ver muchos escuadrones correr sobre los miembros palpitantes de aquellos cadáveres insepultos, destrozando sus cráneos con las herraduras de sus caballos. Creí ver lobos y tigres saciar su sed en grandes charcos, que no eran de agua. Creí divisar la pupila luciente de las fieras que volvían la cabeza á todos lados para que nadie les sorprendiere, mientras con los dientes arrancaban las carnes y rompían los huesos

de las víctimas; oí el crujido de aquellos huesos como la Fedra de Racine; ví destilar sangre de aquellos cabellos desgreñados, del mismo modo que goteaba sangre de la barba de Héctor en el sueño espantoso de la Encidad.

Maximiliano sintió mi angustia, oyó mis suspiros y me llamó repentinamente; mas no pudo arrancarme de mi pesadilla. Levantóse entonces, sacudióme con fuerza, casi con frenesí y pude volver de aquel sueño. ¡María Victoria, era un mundo de gigantes horribles y extraños! ¡Quién hubiera muerto en aquella hora! ¡Oh, Dios mío! ¡Cuántos dolores me hubieras ahorrado! Mi esposo me preguntó: “¿Qué tienes?” Yo le respondí: “¿Tú me lo preguntas?” “¿Qué tienes?” “Nada.” “¿Qué tienes, Carlota?” “Nada, Maximiliano.” Dime lo que tienes, aunque se caiga el cielo, y se hunda la tierra.” “¿Quiéres que te diga?” “Sí.”

“He visto luces en el aire; no sé qué fantasma me tira de la ropa que llevo; he visto una sombra que figura tres hombres sin cabeza; y yo los conozco.” “¿Quiénes son?” “El Emperador Maximiliano y los generales Miramón y Mejía.” Tú eres en este momento mi único amor; el amigo de toda mi vida. ¡Te veo perdido, no digas que nó! ¡Estás perdido, no digas que nó! ¡Estás perdido! “Ya lo sé.” “¡Sálvate y sálvame. Maximiliano, vámonos de aquí.” “No puedo.” “Tú no eres emperador.” “¿Pues qué soy?” “Aquí había una partida de malhechores; no tenían capitán, le necesitaban y te trajeron á tí. Tú no eres emperador de México, eres el capitán de una partida de asesinos y ladrones: tú el capitán y yo la capitana, y esto no puede ser. Si te obstinas en que te sacrifiquen entre nueve mil criaturas que tienes que sacrificar, á mí no me asiste valor para presenciar el sacrificio. Me vestiré de luto y me volveré á Europa. Te dejo mi alma, pero se va mi cuerpo.”

“¿Dices que te vas?” “Sí, me voy; quiero probar si es posible salvar á un hombre.” “Carlota, tú no me amas hoy lo mismo que antes.” “Te amo más, pero temo. Amo á mi esposo, pero temo al tirano. Tú eres el tirano de un pueblo inocente.” “¿Yo soy tirano?” “Sí.” “¿Te vas á Europa.” “Sí.”

Maximiliano permaneció frío, inmóvil, mudo como una piedra. Derepente se cubrió el semblante con ambas manos y rompió á llorar. ¡Hija de mi alma! ¡Extrañarás que esta desdichada haya enloquecido?

Llegó la hora de partir. . . . ¡Qué diferencia entre la recepción y la partida! Nadie me habló de la riqueza, de los frutos, de la fecundidad del suelo, de la benignidad del clima, ni del murmullo de las fuentes, ni del aroma de las flores, ni de la melodía de los pájaros, ni de la vista del Orizaba. No vino comisión ninguna. Un periódico publicó por entonces el siguiente anuncio:

“Se vuelve á Europa la esposa del emperador mexicano.”

Yo dije á mi esposo en el momento de partir: “¿Te quedas?” “Es mi destino,” replicó. “Pues en Europa,” proseguí; “recibiré una carta tuya concebida en estos ó semejantes términos: “Tú lo adivinaste, Carlota; el rayo de luz que entra á mi morada es el último sol que veré. Estoy en capilla, arrodillado ante la figura de Jesús. Dentro de una hora caminaré al suplicio entre un sacerdote y el verdugo.”

No quiero decirte lo que pasó por mi corazón en el momento de separarme de Maximiliano. Yo sabía que me separaba para siempre y era el único amor que he tenido, tengo y tendré. ¡Ojalá que no hubiera amado!

El buque parte. El silbido del viento al penetrar por los tubos, me parecía el ruido de una batalla. ¡Maldita sea la guerra! ¡Malditos los ambiciosos que la provocan! El continuo embate de las olas me parecía el hervidero de la sangre, el ruido de la máquina, el estruendo de las hachas, cañones y fusiles; las chimeneas del vapor se representaban como verdugos.

A los veintiún días de navegación subí á cubierta. Mis ojos se extendieron por la mar y en todas partes hallaba el rostro de Maximiliano. Puesto ya el sol, descubrí en el espacio un punto blanquecino y movedizo. “¿Qué es aquel punto que se descubre en el horizonte?” pregunté al capitán del vapor. “Señora, las playas de Europa.” “¡Playas de Europa, arenas de mi patria!” dije en mi con-

ciencia; “aquí me tenéis, como os prometí; vuelvo á vosotras vestida de luto.”

Llegué á París, corrí á las Tullerías y grité al primer palaciego. “Anunciad al emperador, que quiere hablarle la viuda de Maximiliano.”

¡Ay María! Napoleón me recibió como un hombre de palo, como una estatua de granito, como una máquina de hierro. Pero yo divisaba una cruz; á su pie lloraba una mujer, más que una mujer: ¡una madre! Yo tenía esa grande esperanza, yo adoraba esa gran fe religiosa y bendecía el dolor del Calvario, y anhelaba recibir un consuelo de Jesús y de María.

Volé á Roma, fuí al Vaticano, puse los labios en los pies de su Santidad; al besar aquel pie ví nuevamente luces en el aire, ví la sombra que figuraba tres cuerpos sin cabeza, ví dos manos cruzadas que chorreaban de sangre, como los cabellos de las víctimas: manos que enlazaban dos horcas, que hablaban y decían: “Somos Monti y Figneti. Perdí toda la esperanza, se apagó mi fe; me acordé de un hombre y enloquecí.

Me condujeron á Viena; pero en Viena hay mucha algazara, y vine á este castillo. Aquí estoy en el campo. Vivo con el silencio, la soledad y una memoria adorable.

Aquí me trajeron una caja que contiene los restos del hombre á quien amé, caja que abrí un día sin que nadie me viera. La mano derecha de mi esposo estaba cerrada, como si fuera de bronce. Mis manos abrieron la suya y encontré un papel que decía: “Carlota, tú lo adivinaste: la luz que penetra mi morada será el último rayo de sol que veré. Estoy en capilla arrodillado ante un Nazareno. Dentro de algunas horas iré al sacrificio entre el sacerdote y el verdugo.

“Tú no tienes la culpa; perdóname, consuélate. Saluda á mi familia y á mi patria. Adios, Carlota; el juicio de Dios me espera. Ya que he vivido mal, quiero morir bien. Mi último suspiro será para tí. ¡Quién te hubiera creído, amada mía!”

¡Extrañarás, mi querida amiga, que esta pobre mujer haya perdido la razón? Me miro á menudo al espejo y exclamo: “¿No soy lo que era, no soy Carlota?” No, no soy mujer, no tengo vida; voló mi alma! Una tenía y me la robaron! ¡Volvédmela, ladrones!

Napoleón III, ensalzado, me perdió á mí; Napoleón III caído, te perderá á tí.

La historia de hoy cuenta cuatro mujeres destronadas en menos de dos años; Sofía, reina de Nápoles; Carlota, la emperatriz de México; Isabel segunda, reina de España; Eugenia, emperatriz de Francia. La historia hablará de cinco mujeres: la quinta serás tú, María Victoria. Si sales de Italia y surcas el golfo de una ciudad noble y gloriosa, puedes decir: "¡Adios golfo de Génova! Cuando vuelvas á surcar tus aguas, ellas me verán vestida de negro." Si permaneces en Turín, consientes que vaya tu esposo, fascinado por el brillo de una corona; si le atrae esa serpiente, prepárate para recibir la siguiente carta:

"María, todo concluyó; da un beso á nuestro hijo.—AMADEO."

He de terminar esta carta. ¡Adios, María Victoria! Siento que se turba mi mente, que mi alma vuelve á rodar por los insondables abismos de la locura. Vuelvo á ver luces en el aire, la sombra de cuerpo sin cabeza, dos manos cruzadas, oigo el crujido de los huesos. Veo muchas fieras que sacian su sed en charcos de sangre. Tan pronto me parece que soy una Diosa como que soy un monstruo del infierno. ¡Oh, hija de mi corazón! ¡No salgas de Roma; no abandones á tu patria! ¡Mira que te engañan, como me engañaron, que te venden como á mí me vendieron; que llegará un momento en que tu esperanza no conciba otra ventura que la horrible de morir loca! ¡María, María, cuida de tu esposo, de tu hijo y de tí!

Te he dado la prueba más grande de amistad que puede darte una mujer nacida, contándote historias, dolores y misterios que nadie conoce, mas que tu infortunada y leal amiga

CARLOTA,

Ex-emperatriz de México.

María Victoria fué esposa de Amadeo de Aosta, á quien después de haber expulsado del trono á Isabel II los Españoles ofrecieron el trono en el año 1871. Amadeo viendo que una gran parte de los Españoles le eran contrarios, abdicó en 1873 el trono y regresó á la vida privada sin que por eso fuese condenado. ¡Ojalá y Maximiliano hubiera hecho lo mismo! — (Nota del editor.)





10